

EL PUEBLO OCULTO DE KON-TIKI

EDUARDO TEXEIRA

El pueblo oculto de Kon-Tiki
Eduardo Texeira

Espacio el Mundo Futuro/053

CAPÍTULO I
UNA CIENCIA VIEJA Y UNA ISLA NUEVA

El profesor Grindpol Jans arrojó una larga bocanada de humo y sonrió. Puso el cigarrillo cuidadosamente en una concha de ostra que le servía de cenicero, y hasta entonces no hizo observación alguna acerca de aquella su absurda costumbre de fumar. Aseguró muy serio que le distraía en sus cavilaciones y le ayudaba a pensar y, además, el haber adoptado tal hábito constituía una especie de homenaje a las generaciones pretéritas. Era el más leve capricho que en su vida particular podía permitirse un insigne profesor de Historia Universal.

Esta rama de la ciencia, en aquel segundo tercio del siglo XXI, no estaba limitada, como en varios lustros anteriores, al pasado del hombre en la Tierra. Así pues, el profesor Grindpol Jans resumió en pocas palabras la charla que se hallaba televisando en lengua española a través de la emisora de Lima, desde su gabinete móvil de trabajo cerca de Arequipa, a orillas del Pacífico.

—No creo, por tanto, que los marcianos disfruten de un progreso técnico más adelantado que el nuestro. La menor fuerza de gravedad de su planeta y la mayor masa del nuestro hace para ellos el traslado interplanetario relativamente fácil. Con los medios que en la Tierra poseemos actualmente, de contar con las probabilidades geográfico—astronómicas que tenemos en contra, hace años que nos hubiera sido posible dar el gigantesco salto.

—¿Sigue estimando entonces, profesor —inquirió el reportero de la emisora—, más interesante la historia de los pueblos de nuestro planeta que la de los extraterrestres?

—Yo no he dicho eso nunca —exclamó rápido, con un gesto de enfado, Grindpol Jans— Ya sé que en el Norte han tratado de ridiculizarme, dando una interpretación falsa a mis conferencias.

—La televisión de América del Sur se honra, señor, ofreciéndole al mundo y a usted la ocasión de una rectificación.

El profesor se levantó y aplastó con furia la punta del cigarro en la ostra.

—No tengo nada que aclarar. Sólo afirmé, afirmo y afirmaré siempre, que en nuestro mundo y en nuestra época hay todavía cosas tanto o más maravillosas que las que se puedan hallar en cualquier planeta del sistema solar.

—Pero esas cosas, profesor, ¿pertenecen por su naturaleza a otras ramas del saber humano, o sólo a la Historia?

La pregunta del sagaz reportero estaba llena de intención. Millones de radiovidentes de América y Europa asistirían a la charla del sabio, cuyo prestigio pendía de un hilo en tales momentos.

—A la Historia. Y de aquí a un año lo probaré, o me hundiré en el empeño. Hasta entonces no haré otras declaraciones públicas de ninguna clase, señor.

Aquella noche Grindpol Jans estaba de muy mal humor. Acababa de dar un mal paso, dejado llevar de su impulsivo carácter. Las gentes, en una mayoría inmensa, consideraban la Historia una ciencia muerta, una investigación secundaria y sin fines prácticos. Lo verdaderamente apasionante no era el pasado, sino el presente y el inmediato futuro pleno de promesas.

El profesor anduvo despacio por el caminillo que conducía desde su casa portátil a la pedregosa playa donde venían a romper las olas del inmenso Pacifico. Las estrellas brillaban ya sobre el vasto mar arrancando destellos de sus ondas oscuras. Tal como diez siglos antes, tal como veinte, cuando los antepasados de los incas se lanzaron en sus balsas en busca de otras tierras...

—¡Antonio, el avión! —gritó de pronto el investigador.

El servidor piloto, un indígena que no lejos, en cuclillas, removía, como en los viejos tiempos, una fogata, acudió solícito a la orden. Su traje azul de plástico centelleó un momento al abrir el pequeño hangar. A poco, el rumor de los reactores turbó el silencio de la costa solitaria. El diminuto avión gris se había deslizado por sus raíles al exterior de la edificación.

—¿Travesía larga, señor?

—Sí, pero usted puede quedarse. Iré solo.

Quedó el indio junto a su fogata mientras el profesor, sin más que el casco de radio y el pulmón auxiliar, se disparaba hacia el horizonte occidental. Pronto quedó atrás la tierra y no hubo a su alrededor más que olas y estrellas. Una hora, dos, pasaron en rauda embriaguez de espacios.

¿Cuánto se había adentrado en el mar? Llegó a ignorarlo, por desidia en consultar sus cuadros de mando, hasta que decidió tomar altura para iniciar el regreso.

Y entonces fue, precisamente, cuando unos silbidos extraños comenzaron a vibrar en los auriculares de Grindpol Jans. No eran señales de emisoras conocidas, sino más bien mensajes de llamada de

algún buque. Cosa ésta poco probable también, pues ya las travesías por mar no eran corrientes, ni en mil millas a la redonda había tierras ni líneas de transportes intercontinentales.

El ocasional viajero intentó orientarse. Las llamadas se percibían tenues y distantes. Sólo unas frases llegaron con alguna claridad y eso no contribuyó más que a exacerbar el interés creciente del aventurero profesor.

«S.O.S... S.O.S... Avión de Patrulla de la P.M. Sudamericana del Pacífico. S.O.S. Isla volcánica desconocida al sudoeste de las Tuamotú, aproximadamente 20 grados latitud, no longitud... S.O.S...»

El transmisor que lanzaba el mensaje debía estar averiado. La recepción era muy dificultosa, aunque audible para Grindpol Jans, por el hecho de hallarse sobrevolando las cercanías del punto señalado. No pudo anunciar la captación de las llamadas, que cesaron a poco, pero se apresuró a prestar el auxilio requerido.

«¡Qué casualidad! —pensó el investigador, mientras hacía las maniobras de cambio de rumbo—. ¡Habré de ir, como quien dice, al lado mismo de la fascinante isla de Pascua!»

La Luna, en cuarto menguante, alumbraba con lúgubres rayos pálidos la inmensa y latente superficie líquida.

* * *

Dos misiones poco definidas tenía asignadas por sus superiores Aníbal Torena, patrullero rápido de la Policía Mundial en Sudamérica, jurisdicción costera del Pacífico. Dos misiones que ya se habían hecho permanentes y tediosas. Una, conseguir detalles de islotes fantasmas, no registrados jamás en ninguna carta, que al decir de indígenas y gentes de paso emergían y volvían a desaparecer en las aguas de la mitad meridional del Gran Océano. Otra, descubrir el posible refugio de Nicholas Derek, peligroso delincuente fugado tres meses antes del penal de Tierra Eduardo VII, en la Antártida. Era el único evadido hasta la fecha de la penitenciaria de hielo, y el único que en el último cuarto de siglo había conseguido burlar en tales condiciones a la policía del mundo.

Aníbal Torena regresaba de un largo reconocimiento a la base de Valparaíso en su nave supersónica individual de gran radio de acción, cuando a la puesta del sol creyó distinguir en el mar, entre los jirones de bruma, un pequeño atolón sin vegetación rodeando a un cráter. Las aguas estaban revueltas en una extensión de dos centenares de kilómetros cuadrados, a pesar de no haber signos de temporal. Las estaciones sismológicas, horas antes, anunciaron seísmos submarinos en aquellas regiones.

El piloto hizo a su avión describir círculos cada vez más estrechos, y

aunque tenía órdenes de no tomar tierra, la curiosidad y un libre sentido del deber le obligó a llevar y detener su aparato sobre el extraño volcán no figurado en los mapas. Parecía apagado. Sin embargo, algo impreciso se agitaba en su interior. El policía buscó una leve plataforma en la estribación del cono, y verticalmente descendió hasta posar el avión en una cornisa de la húmeda roca.
Se liberó con un gruñido de satisfacción de la escafandra al pisar tierra, y tocó el suelo con los dedos y miró cauteloso en torno suyo. Plantas marinas, pólipos y algunos crustáceos plagaban la isla. Era como si los escollos se hubieran levantado sobre las olas para abrir al cielo un cráter a medio centenar de metros sobre el nivel del océano.
—¡Rayos, esta vez no me voy de vacío!
Aníbal midió de un vistazo la altura del sol sobra el horizonte y juzgó que tendría tiempo de efectuar una pequeña exploración. No le fue muy difícil trepar hasta el borde del frío volcán para asomarse al interior. Aunque de vez en vez un ligero temblor estremecía de modo apenas perceptible la isla, estaba seguro de no hallar lavas ni vapores ardientes. No olía más que a sal y a marisco, y ni la más leve humareda surgía de las numerosas grietas del terreno. Al fin se izó, quedando a horcajadas sobre el brocal de la sima, no mayor de una docena de metros de diámetro. Y entonces fue cuando un torpe movimiento producido por el asombro a poco le precipita al fondo del agujero.
Por él aparecían, trepando por escalas sujetas con garfios de hierro clavados en la pared, tres extraños hombres. Por sus rasgos parecían ser polinesios, aunque de piel más blanca, pero sus vestidos no eran los usuales de los isleños de Oceanía, ni aun de los más civilizados y progresivos.
—¿Quiénes son ustedes? —gritó el policía, saludando con la mano—. ¡Mil rayos! ¿Salen del centro de la Tierra, quizá?
Aquellos hombres no mostraron sorpresa alguna. El más joven, ceñudo, sacó de un bolsillo una pistola automática de cargador múltiple y encañonó al intruso.
Aníbal lanzó una exclamación, más sorprendido aún, y no pudo hacer nada mejor para evitar el impacto que dejarse caer hacia fuera, rodando por el resbaladizo cono. Una ráfaga de balas pasó zumbando sobre él. En medio minuto y con numerosas contusiones, se halló de nuevo junto al avión. Allí se resguardó tras el leve fuselaje y requirió sus propias armas.
—Cara os va a costar esta bienvenida, malditos —gruñó con furia, frotándose los miembros lastimados.
Una granizada de balas cayó sobre él avión, causando algunos destrozos. Uno de los hombres gritó al tirador y cesaron los disparos a bulto. Sin duda deseaban no causar averías en la nave, porque los

proyectiles eran perforadores. Aníbal Torena empuñó su rifle de bolsillo y situó en la mira telescópica a uno de los atacantes. El hombre hizo una pirueta y desapareció en el cráter. El momento fue aprovechado por el piloto para saltar al asiento, donde hubo de quedarse encorvado. Un furioso tiroteo hizo trizas la cabina transparente, una tobera y el tren de aterrizaje.
La situación era difícil. El patrullero de la Policía Mundial no podía escapar. Sólo le sería posible, durante un corto tiempo, mantener a raya a sus extraños atacantes. La instalación radiotelegráfica había sido averiada también. Se ocupó, en los momentos en que no se veía precisado a responder al fuego de los desconocidos, en reparar de cualquier modo provisional la emisora.
Y vino la noche. Oía hablar a sus enemigos, cuyo número por fortuna no parecía haber aumentado. Los minutos se hicieron angustiosos. Aníbal Torena lanzó al espacio su llamada una y otra vez, sin saber si podía ser escuchada. Era muy restringido el radio de alcance de sus débiles ondas de socorro.
Pasaron las horas y la luna comenzó a surcar el negro espacio estrellado. Los hombres del cráter mantenían estrecha y tenaz vigilancia, La presa estaba segura. Y el joven agente sudamericano, en tal agonía, pero resignado, se dolió de su suerte. Era triste cesar de vivir y de ser útil, precisamente en el umbral de una aventura que podía ser maravillosa. Otros serían los elegidos. Y él, truncada su carrera y su futuro, arrastrando con su infelicidad la de unos seres amados que lo esperaban allá en Valparaíso, sería con todos los honores dado de baja como desaparecido en accidente, en acto de servicio...
Pero un familiar zumbido llegó de súbito de algún sitio lejano. Una estela brillante se dibujó en el cielo, describiendo un círculo sobre la isla fantasma...

CAPÍTULO II
EL PUEBLO OCULTO

El joven Tik-Taeroo despreciaba por igual a los alegres y humildes hombres de Oceanía y a los orgullosos hombres blancos de Europa y América. Pero a éstos los temía, porque eran egoístas y poderosos. Si llegaran a sospechar siquiera la existencia del viejo pueblo oculto, la posibilidad del descubrimiento de aquella raza que estimaban extinguida, levantarían en el mundo un alborozado clamor y acabarían por absorber en su compleja sociedad el espíritu precioso de los esforzados y libres descendientes de Kon-Tiki.
La isla de Pascua —cuyas legendarias estatuas de piedra entrañaron

siempre un enigma para los sabios de la superficie—, era la habitual morada de Tik-Taeroo. Para todos no era más que un respetable y rico industrial nativo, mas para el pueblo subterráneo constituía uno de sus más esforzados y valiosos paladinos.
Sólo Tik-Taeroo y los hombres por él designados conocían el secreto paso del cráter de Rapa—Nui, el volcán de la isla de Pascua, que dio piedras para palacios y monumentos, de los cuales no existían ya más que pobres vestigios repartidos en su mayoría por todos los museos de América. Tik-Taeroo aguardó muchos años antes de dar la voz de marcha. No era éste un grito de guerra, porque el pueblo escondido no ansiaba hegemonía alguna sobre las potencias políticas de la Tierra, sino el reconocimiento de sus derechos y de su soberanía nacional. Mas para ello había de ser el nuevo estado potente también, digno de su independencia a los ojos extraños y capaz de mantener a toda costa su tradicional y amada libertad.
¿Era llegada la hora? Los sabios y prudentes gobernantes lo creyeron así, pero esta hora implicaba un tiempo indefinido, varios años quizá, los últimos y los más difíciles, como correspondía a los postreros de una gestación de tres siglos.
—No estimo conveniente, ¡oh, Rijji-Aritea! —dijo un día Tik-Taeroo en el Consejo de Sabios Ancianos—, provocar nuevos repliegues en la corteza de las bóvedas superiores. La súbita y continuada aparición de islotes alarmará a los hombres de la superficie e intentarán hacer investigaciones que hoy, todavía, serán peligrosas para nosotros.
—No temas, Tik-Taeroo, no nos hallarán mientras nosotros mismos no nos presentemos a ellos. El océano nos seguirá cubriendo, como desde la noche remota en que cesamos de medir el tiempo por lunas, porque ya no la podíamos ver —repuso Molokai el Viejo.
—La ciencia de los hombres de la superficie crece a cada latido del mundo. El océano ya no es obstáculo para ellos, y cuando tengan un leve atisbo, escudriñarán hasta las más recónditas entrañas de la Tierra, como están haciendo con el Cielo.
—Será escuchada la voz de tu sabiduría —sentenció Rijji-Aritea con un gesto de sus manos sarmentosas y pareciendo mirarlo con sus ojos sin luz—. Debes ir a reconocer, sin embargo, la última isla que será dada a la luz del sol, para dictaminar su permanencia y situación geográfica.
—Tú mandas, noble Rijji-Aritea. ¿Será muy lejos de Rapa—Nui?
—A seiscientas millas al noreste. Molokai el Joven te guiará.
—¿Puedo preguntar, ¡oh, hijo de Kon-Tiki!, si has decidido la vuelta de la princesa Hikia-Uma?
—Puedes preguntarlo, Tik-Taeroo, pero yo no puedo responderte con exactitud. Será pronto y tú habrás de ir a recogerla al país en donde se halla.

Así fue como Tik-Taeroo, con Molokai el Joven y cuatro técnicos del Control de Seísmos, hubo de encaminarse al islote donde por un azar del destino habría de posar su avión el policía de la superficie Aníbal Torena.
El prohombre de la isla de Pascua ansiaba el momento en que no fuera preciso ocultarse a los demás pueblos, cosa que cada vez se hacía más difícil. Últimamente había llegado a Rapa—Nui, de forma accidental, un extraño forastero que, como excepción, fue convertido en huésped perpetuo de honor; un hombre de la superficie que podía enseñar muchas costumbres de los suyos, a quienes parecía odiar, y el cual a la sazón era uno de los más entusiastas admiradores del Pueblo Oculto. Por orden expresa de Tik-Taeroo, que fue quien lo introdujo en Rapa—Nui, era vigilado constantemente. Y Tik-Taeroo, a veces, se reprochaba no haberlo matado en vez de darle asilo, pues ahora no podía alejar de su mente un molesto pensamiento. ¡Pluguieran los dioses que el huésped, al correr del tiempo, no fuera nefasto para el Pueblo Oculto! Bien que hasta ahora, Tik-Taeroo no había recibido por su parte en la intromisión más que felicitaciones. El forastero, al parecer, era muy útil a la causa del país escondido; mucho más útil que cualquier marino vulgar, a los cuales nunca se les solicitó el menor servicio en relación con las ciencias y usanzas de todos los órdenes entre los países del sol.
Mientras caminaba con sus guías por las avenidas y pasillos de basalto fosforescente, Tik-Taeroo cavilaba en ésta y otras razones. Su gesto abstraído se dulcificó un tanto cuando en el magín cambió el recuerdo del forastero por el de la princesa Hikia-Uma. Hikia sería ya, de seguro, una mujer bellísima. Seis años antes, siendo niña aún, fue enviada por voluntad del venerable Rijji-Aritea a ser educada como una mujer de la superficie, a un colegio para señoritas en la ciudad de Valparaíso, en el estado de Chile. Hikia, aparte de ser descendiente directa del gran Kon-Tiki, era una muchacha excepcional. Inteligente, sensata y consciente de sus destinos como princesa de un pueblo. No podía permanecer, por tanto, recluida bajo las bóvedas submarinas y en las islas, ajena al mundo y a sus moradores. Hikia, en los años futuros de su vida, no deberla ser sorprendida en sus sentimientos personales ni en su situación de reina por los complejos avatares de la vida moderna. Por ello, bajo una personalidad falsa, para evitar suspicacias entre las personas con las que había de relacionarse, fue confiada a la dirección del mejor centro docente superior de la costa del Pacifico, en Chile precisamente, nación a la cual pertenecía políticamente la isla de Pascua o Rapa—Nui. Los estudios de Hikia-Uma se hallaban finalizando a la sazón, y con su regreso al seno de Rapa—Nui sería iniciada entre los países del mundo la presentación de Oceánida.

Antes de tal momento, el secreto de la raza escondida habría de ser guardado celosamente, sin reparar en los medios. Matar, si no había otra solución más segura, era una obligación ineludible. Tik-Taeroo no deseaba más huéspedes de la superficie. Uno había y lo tenía sobre su conciencia y sobre su corazón. Cualquier otro habría de ser eliminado sin concederle tiempo para lanzar una voz de alarma o de socorro.
Tal era la disposición de Tik-Taeroo y sus compañeros cuando, tras el largo viaje en los últimos vehículos construidos según planos copiados de los habitantes de fuera, escalaron el interior del cráter emergido de las aguas. Y he aquí que no bien salieron a la luz y al calor del astro dispensador de la vida, encontraron disponiéndose a descender por el mismo camino a un hombre de la superficie llegado en una velocísima máquina voladora.
—¿Quiénes son ustedes? —gritó el intruso en la lengua de los americanos del sur—. ¡Mil rayos! ¿Salen del centro de la Tierra, quizá?
No era su tono amenazador, sino a modo de jovial sorpresa. Hasta hizo una especie de saludo con la mano. Era alto, joven, lleno de vida. Una vida que era necesario arrebatarle, por bien del Pueblo Oculto.
Molokai fue el más rápido de los tres. Esgrimió su arma de fuego y disparó, pero el desconocido actuó decididamente. Con una agilidad extraordinaria, sin miedo a romperse la cabeza contra las agudas y resbaladizas rocas, saltó a ocultarse tras su avión. Ninguna bala le alcanzó.
—Necesitamos esa máquina voladora, Molokai —dijo Tik-Taeroo—. No la inutilices demasiado.
Se disponían a avanzar, cuando el forastero hizo uso de sus propias armas. El técnico acompañante se desplomó sobre la escala y Molokai lo sostuvo para que su cuerpo no se estrellara en el fondo. Otros guías surgieron de la sima.
—¡Ese hombre va a comunicar por radio! —chilló Molokai.
Todos hicieron un fuego furioso contra la cabina. A aquel entrometido aviador no le sería ya posible escapar ni pedir auxilio, pero poseía un arma mortífera. Su vida y la máquina voladora no valían las vidas de un par de hombres del Pueblo Escondido. El prudente Tik-Taeroo ordenó una tregua, confiado en que el asedio no duraría más que la noche que llegaba.
Y, en efecto, no duró. Mucho antes de que el sol saliera de nuevo por el opuesto horizonte, una segunda máquina voladora apareció entre las estrellas y se dirigió a la isla que Tik-Taeroo deseaba que no hubiera aparecido en la faz del océano. Los hombres de la superficie buscaban ya una explicación a tales trastornos geológicos. ¿No habría ido el Pueblo Ocultó demasiado lejos en sus secretas experiencias

sísmicas?
«No tome tierra. Gente desconocida ataca desde el cráter. Solicite urgente ayuda de la base más próxima de la Policía del Pacífico.»
Volando en círculos sobre el islote en busca, de un lugar de aterrizaje, Grindpol Jans percibió con gran dificultad, pero repetidas veces, el anterior mensaje. Si Grindpol Jans hubiese sido un soldado o incluso un aviador civil, habría obedecido la petición. Pero era sólo un sabio tozudo e independiente y con un sentido muy particular de las cosas oficiales y militares, y se dijo que aquel raro y casual hallazgo no iba a brindárselo a las autoridades. Antes, por lo menos, habría de meter allí la nariz para husmear a sus anchas. Todos los días no se encuentra uno con una isla misteriosa y unas gentes que atacan a la policía desde el cráter de un volcán.
El profesor inmovilizó la nave sobre la isla, a muy poca altura, lo suficiente para no ser alcanzado por disparos de armas portátiles. Otros medios de defensa más potentes no irían a poseer en una pequeña roca perdida en el océano. Como la luna no alumbraba lo suficiente, lanzó sobre el cráter, en diminuto y lento paracaídas, una bengala de uranio. El islote entero fue bañado en luz durante quince minutos.
—¡Diantre, qué estupenda escena! —murmuró Jans, atisbando con avidez el irregular cono y el breve atolón rodeado de escollos.
Cuatro o cinco hombres se rebulleron en el cráter, tratando de ocultarse, y más abajo, junto a su avión inutilizado, el policía agitaba con desesperación los brazos. No se cambiaban disparos. El profesor juzgó que podría aterrizar en una cornisa de la ladera del cono, pues para ello no precisaba más que el espacio exacto necesario para el avión. Se fijó de pronto en que los hombres del cráter le hacían señales, pidiéndole que se acercara. Jans hizo descender aún más su máquina voladora. Los desconocidos, con visibles gestos, pusieron sus armas sobre una piedra distante y alzaron las manos abiertas. Le invitaban a bajar.
El piloto policía se mesaba los cabellos y le rogaba por radio que no se dejara engañar, pero Grindpol Jans se sentía más atraído por la curiosidad que dominado por el temor. En muchas ocasiones obedecía más al corazón que a la cabeza, y ésta era una de ellas. Subió para lanzar otra bengala que tardara más en descender, y lanzándose en picado redujo con maestría los reactores para tomar tierra suavemente a pocos metros de donde Aníbal Torena juraba y maldecía como un auténtico pirata del siglo XVII.
—¿Por qué demonios no ha volado a pedir ayuda? ¡Ahora, por imbécil, nos mandarán al infierno a los dos! —fue el saludo del policía, apenas vio salir de su aparato al profesor.
—No se excite, amigo —le respondió Jane mirando más arriba, hacia

el volcán —. Vea, esos hombres avanzan con los brazos en alto, desarmados. Desde el primer momento no me han parecido malhechores.
—Y no lo serán, si no cree usted que sea malo que lo reciban a uno a tiros.
El aviador estaba furioso, mas por momentos cedía paso su furia a un intenso asombro. Los atacantes se acercaban en son de paz. Sus ropas eran una extraña mezcla de atuendo indígena y europeo, con sobrios adornos totalmente desconocidos.
—Bien —dijo el profesor—, mándeles que se detengan ahí, pero no les dispare.
Torena obedeció de mala gana, encañonando a los cuatro polinesios. Tik-Taeroo venía al frente. La llegada del segundo forastero hubo de tornar todos sus planes sobre los posibles intrusos. Se hacia necesario retener a aquellos hombres, con buenas razones si así lo requerían las circunstancias, porque mejor sería tratar de convencer a dos que a una legión.
—No les deseamos mal, amigos —dijo Tik-Taeroo—. No somos salvajes ni delincuentes y podríamos llegar a comprender nuestras situaciones.
—Por ahí debieron haber empezado —gruñó Torena entre dientes, acariciando su arma.
Grindpol Jans puso la mano en un hombro del policía y, sonriendo, dijo con voz firme:
—De acuerdo, señores, pactemos. De todas formas, cualesquiera que sean sus decisiones, mi compañero y yo hemos de estar de vuelta antes de la salida del sol. Si a ese tiempo no hemos regresado, una hora después será removido el mar en esta zona por escuadrillas de aviones y submarinos, hasta hallar la causa de nuestra desaparición.
Tik-Taeroo y los suyos no pensaron que esto fuera una fanfarronada de aquel hombre de noble porte y mirada clara. Cuando supo su nombre, Tik-Taeroo adquirió cierta confianza en su cometido diplomático. Conocía por referencias la personalidad de Grindpol Jans, sabio historiador de los pueblos de la superficie. A este hombre se le podía hablar con más libertad y franqueza que a cualquiera otro. Así, sin rodeos inútiles, Tik-Taeroo expuso con sinceridad, pero sin más detalles que los absolutamente necesarios, la existencia de un pueblo semioculto esparcido por el subsuelo de algunas islas, y los motivos poderosos que tenía para no ser aún descubierto. Apeló a la caballerosidad de Grindpol Jans y Aníbal Torena y les rogó empeñaran su formal palabra de honor de no delatar a la raza escondida. De la fidelidad de la palabra dada se derivaría para ellos en lo sucesivo, también, múltiples beneficios de todas las especies.
El profesor estaba absorto, prendido de las palabras del polinesio.

¡Qué maravilloso mundo de ideas y estudios tenía al alcance de la mano! ¡Qué espléndida suerte para un investigador del siglo XXI, el hallazgo de un pueblo encantado, como en las viejas épocas! Aníbal Torena, por el contrario, aunque maravillado también, se hallaba obligado a un deber ineludible. Era un agente de policía, un soldado, con una misión que cumplir.

—Bien, lo siento —aseguró—, pero mi proceder en este asunto no depende por entero de mí. He de dar cuenta a mis superiores.

Tik-Taeroo frunció el ceño y se hizo dura su mirada. Aguardó, no obstante, a que el profesor pudiera convencer a su tozudo compañero. Todas las razones y súplicas de Grindpol Jans fueron inútiles ante la inflexibilidad del policía. Le pidió al fin un plazo para poder él hacer un estudio personal de aquel pueblo fantasma antes de que intervinieran las autoridades, mas tampoco obtuvo éxito.

Jans se mostraba desolado. Ni él ni su ocasional compañero, distraídos en la disputa oral, se apercibieron de los imperceptibles signos de inteligencia que el prohombre polinésico hacía a sus esbirros. De súbito éstos, a una determinada señal, se arrojaron por la espalda sobre Aníbal Torena. En un momento, el obstinado agente fue desarmado y reducido a la impotencia.

—¡Eso no es lo acordado, suéltenlo! —pidió, enojado, el profesor, disponiéndose a liberar por la fuerza al aviador.

Tik-Taeroo se interpuso.

—Usted es libre de seguirnos voluntariamente, señor profesor.

—Yo no puedo hacer traición a los míos —exclamó Jans amenazador, dando un paso atrás para ponerse en guardia.

Un polinésico se le acercó por un lado y el profesor lo derribó de un puñetazo, retrocediendo seguidamente hacia su nave aérea.

—¡Huya, señor, huya y avise en Valparaíso! —gritó Aníbal Torena, arrojándose al suelo y asiendo en desigual lucha a los extraños pobladores del mundo subterráneo.

Grindpol Jans, de un salto, tripuló su avión y puso en marcha los reactores, cuando comenzaron a crepitar las armas de Tik-Taeroo y su gente, el profesor hendía como una flecha el negro espacio.

La proa de la pequeña y potente nave voladora, a quíntuple velocidad que el sonido, cruzó sobre el océano como un rayo al encuentro del sol naciente. Los picos andinos no tardarían en aparecer sobre el horizonte...

CAPÍTULO III
LAS TRIBULACIONES DE UN SABIO EN VALPARAÍSO

Al final de la Avenida de Delicias, no lejos de la estación aérea de

funiculares que desde Fuerte Andes, en la costa, conducía a las cimas de Viña del Mar, estaba la universidad de Valparaíso. A ambos lados de los parques que rodeaban a las majestuosas y sombrías edificaciones se extendían en calles las bajas y alegres viviendas de los catedráticos, funcionarios y estudiantes.

La casa—jardín señalada con el número 4.502, era la residencia de las alumnas que de hecho habían acabado ya su doctorado en Ciencias Económicas y Sociales. Constituía esta bella mansión, una de las más hermosas y adustas de la ciudad estudiantil, el último hogar oficial de las promociones de mujeres que cada año lanzaba la universidad sudamericana a los puestos clave secundarios de la ciencia, el arte y el comercio en el hemisferio occidental. Cada una de las muchachas que hasta un centenar ocupaban esta morada poseía ya sus envidiables títulos y tratamientos; todas eran jóvenes y casi todas bellas, y hasta algunas podrían competir con las que de sus perfecciones físicas habían hecho una profesión en las artes de la danza o la interpretación. Mas para todos eran las inquilinas del 4.502, tan respetables y admiradas como pudiera serlo cualquier sesudo doctor.

Leonor Alcover, una de las más jóvenes y aventajadas alumnas de la universidad, en la hora misma en que nuestro relato escoge como escenario una de los más lujosos apartamentos de la casa—jardín, obró de un modo un tanto extraño. Lo cierto era que cada anochecer, en el mismo minuto, venía obrando de igual forma a partir del día mismo de su llegada. Conectaba su pequeñísimo receptor de radio de bolsillo, y tras escuchar fragmentos musicales detectaba una determinada estación en las fajas de ondas ultracortas de aviones exploradores e islas de centros pesqueros. A veces dos o tres palabras en una lengua desconocida contentaban su curiosidad. Casi siempre era así. Nunca había de usar el libro de notas para recoger una clave siquiera de doce líneas. Mas esta noche, tras las particularísimas y conocidas llamadas de atención, fue repetido cuatro veces un raro e inesperado mensaje. Duró la emisión más que de costumbre, catorce minutos, y seguidamente giró el dial. En un concurso jocoso de «Música Ridícula del Siglo XX», la estación de Madrid retransmitía trozos de «jazz». La escucha fue interrumpida.

Breves momentos bastaron a Leonor Alcover para transcribir el significado del mensaje, y no bien lo hubo hecho, se vistió sus ropas de calle y salió de la residencia. En la conserjería mecánica dejó escritas unas palabras en la ficha dispuesta para el caso. Era libre en disponer de su tiempo, según los reglamentos, sin más que dejar constancia en la ficha de su deseo.

La joven estudiante se encaminó al «Club» de la universidad. En la cabina de televisófonos públicos solicitó comunicación con las tres

estaciones aéreas más importantes de la capital. En una de ellas le informaron del paradero del profesor Grindpol Jans, cuya nave particular había llegado a dicho aparcamiento en vuelo directo desde Galápagos, aquella misma mañana. Tras una última llamada al albergue de la estación, Leonor Alcover subió al funicular de la plaza de Vergara y después ascendió la escalinata de la Biblioteca Nacional, donde en aquellas horas habla pocos concurrentes. El profesor Grindpol Jans, como esperaba, era uno de ellos. Leonor Alcover se dedicó a observarlo a hurtadillas, indecisa ante el ardid a emplear para abordarlo, mientras fingía consultar una colección de antiguos microfilms. Y cuando el hombre se dispuso a marchar, la muchacha salió junto a él, como por coincidencia, sin tiempo de haberse forjado un plan.

Al bajar la escalinata, Leonor Alcover simuló un traspiés y dando un pequeño grito se apoyó con violencia en las amplias espaldas del profesor, a quien a poco hace también perder el equilibrio.

—¡Señorita...! —exclamó Jans, salido súbitamente de su ensimismamiento.

—¡Oh, perdone, señor! —gimió ella en lastimera actitud.

—¿Se ha producido algún daño?

Grindpol Jans sostenía por los hombros a la mujer, temiendo que cayera. Ella mantenía una pierna encorvada, como si no pudiera apoyarse en el pie.

—Creo... creo que sí, señor.

—Si me lo permite, la ayudaré a llegar a donde desee.

—Gracias, señor —dijo la muchacha, sonriendo forzadamente—. Acompáñeme al Salón de Consultas, allí sentada me repondré en seguida, seguramente...

El profesor Grindpol Jans, aunque no fuera lo que se pudiera denominar un hombre galante, y menos aún en las actuales circunstancias de su ánimo, no pudo dejar de admirar a la desconocida. Era esbelta, delicada y vigorosa a la vez, tenía dulce y firme la voz, morena la piel y perfectas cada una de sus facciones. Pero sus ojos, los grandes ojos negros de profundo mirar, era lo que instintivamente lo mantenían indeciso, sin hacer ni decir nada que pudiera dar por finalizado el encuentro.

La muchacha permaneció con el bello ceño fruncido y la mirada anhelante, mas no de dolor. Puso sus pies en el suelo con toda normalidad y rogó al profesor que tomara asiento a su lado, pues tenía necesidad de hablar con él.

—Le niego perdone mi torpeza y mi atrevimiento, profesor —comenzó la joven, atropellándose un poco al hablar—. No he sufrido ningún accidente, ha sido un ardid... una especie de secuestro. Quería evitar —acabó, como ocurriéndosele de pronto la idea—, que otros

compañeros le abordaran antes que yo. Andamos buscándole, profesor. Soy de la revista «Andes», de Santiago.
Grindpol Jans miró a la muchacha, desconcertado.
—¡Qué raro! ¡Pero si nadie habrá podido conocer aún mi llegada a Valparaíso!
—¿No ha hecho su presentación en ningún centro oficial, profesor?
—En absoluto, señorita. Sólo he acudido aquí hace dos horas, y antes no he hecho sino dejar mi aparato en la estación del Campo de Marte.
Leonor Alcover lanzó un profundo suspiro. Como pensaba, aquel hombre no se había decidido aún a visitar a las autoridades policiales. De esta forma su misión podría ser desempeñada con mejor éxito, aunque ignoraba cómo habría de actuar ante él.
—Dispénseme, pero no quiero nada con reporteros de prensa o radio. Con ninguno, ¿entiende? Y ahora, buenas noches. Celebro que no se haya lastimado.
El profesor se levantó y se dispuso a salir. Verdaderamente, no era nada asequible; mas la joven no estaba dispuesta a perder lo poco que llevaba ganado, aunque para conquistar la atención del investigador hubiera de sacrificar parte de su secreto. Resuelta, se interpuso a su paso.
—Señor, usted no ha llegado esta mañana de Galápagos, como ha hecho constar en la estación de aparcamiento, sino del oeste, de cerca de las Tuamotú, ¿verdad?
Grindpol Jans se quedó inmovilizado, escudriñando con sus ojos entornados las brillantes pupilas de la muchacha. Después sonrió gravemente y se puso a encender con lentitud uno de sus famosos cigarrillos. Hasta entonces no comenzó, en verdad, a contemplar con toda su atención a la singular muchacha,
—Oiga, señorita, ¿quién le ha indicado que me haga esa pregunta?
—Nadie, señor, se me ha ocurrido a mí. Y pienso que no me he equivocado.
El profesor se debatió entre opuestos sentimientos. La cólera, el asombro, el temor de haber sido descubierto, el interés creciente por la joven, todo ello no contribuía mis que a aumentar sus ya copiosas tribulaciones. Mas un hombre experimentado cómo él y que se preciaba de conocer hasta en sus más íntimos recovecos al género humano, no podía batirse en retirada ni declararse vencido ante una simple mujer.
—Bien, señorita —dijo, sentándose— Voy a concederle la entrevista que me pidió para esa revista... ¿qué revista dijo?
—«Andes», de Santiago, señor.
—Perfectamente. Y tengo por seguro que poseerá alguna credencial como enviada de «Andes». ¿Quiere mostrármela?

Leonor Alcover se turbó. No estaba preparada para esta petición, y se dedicó a urdir sobre la marcha una excusa cualquiera. Grindpol Jans sonrió satisfecho, con malignidad casi, y de pronto frunció las cejas y adelantó su busto macizo. La habitual expresión de huraña bonachonería había huido de sus ojos.

—Dígame de una vez quién es usted y qué quiere de mí.

Ella se retorció los dedos nerviosamente y pareció haber perdido todo su valor. Sin querer, hizo suplicante su mirada. El profesor, mientras, perdido en cábalas, iba eliminando probabilidades. Aquella muchacha no era agente de reportajes. Tampoco policía. ¿Estudiante? Quizá, pero tal actividad no podía hacerle requerir nada de él. ¿Una rival profesional? Era demasiado Joven... y bonita. ¿Miembro de alguna secta o sociedad...? La mirada del profesor Grindpol Jans se iluminó. ¿Sería posible que aquellos hombres extraños...? ¡Qué osadía la de su imaginación!

Y de súbito, cuantas reticencias embargaran a uno y a otro quedaron sin efecto. Leonor Alcover se decidió a luchar a cara descubierta, aun a riesgo de tener que llevar el cumplimiento de su misión a unos límites que la horrorizaban.

—Le hablo en el nombre del Pueblo Oculto, cuyos umbrales ha pisado en la noche anterior a ésta, profesor Grindpol Jans. Debo tener la seguridad de que guardara usted el secreto de que le ha hecho participe Tik-Taeroo. Una absoluta seguridad.

La sorpresa del profesor se convirtió en up reprimido entusiasmo, prorrumpió en exclamaciones que hicieron levantar la cabeza con gesto reprobador a un par de estudiosos que habla en el otro extremo del salón, hizo seguidas una docena de preguntas y hasta encendió un cigarrillo con la punta que le restaba del consumido a medias. Leonor Alcover se mantuvo imperturbable.

—A su tiempo lo sabrá usted todo, profesor. Se le quiere considerar como un amigo, un excepcional amigo. Ahora sólo debe prometer por su honor que no revelará nada de lo que conoce, ni hará nada con respecto a este secreto sin aguardar instrucciones. Le informo también, para su tranquilidad, que el hombre apresado en la isla no sufrirá daño alguno en su cautiverio.

—Pero bien, señorita, ¿usted quién es?

—Para usted, mi voz es la voz de Tik-Taeroo. Bástele eso. Déme ahora, por favor, las seguridades que le he pedido.

—¿Y si prefiriera poner todo esto en conocimiento de la policía, como es mi deber de ciudadano, señorita?

La mujer perdió parte de su aplomo.

—No conduciría a nada. Además, por su propio bien, señor profesor, no deberá hacerlo —respondió en voz baja y enérgica.

—¿Es eso una amenaza... de Tik-Taeroo?

—Es una advertencia, señor... y una súplica mía.
—Una súplica de usted, una amenaza de Tik-Taeroo, un deber mío que no cumplo... ¡Uf...!
—He de marcharme, señor. ¿Confío en usted?
—No en todos los puntos, señorita —se irguió Jans—. Quizá no daré una pista a nadie, pero no tolero imposiciones. Investigaré cuándo y dónde estime oportuno, aunque procurando no perjudicar... a ustedes.
—Es una lástima —susurró entre dientes, con la mirada baja, la bella enviada de Oceánida—. Hemos de estar completamente seguros de su discreción, muy seguros.
Se dejó caer con desaliento en el respaldo del sillón, como dispuesta a un largo debate para convencer a Grindpol Jans, o al menos, así lo creyó éste. Aceptó el profesor un cigarrillo del paquete que sacara Leonor Alcover del bolso y le encendió el suyo a la muchacha. Ambos fumaron en silencio unos momentos.
—¡Es tan tarde para mi! —el pensamiento de la joven fue un murmullo.
Jans no la oyó, retrepado como estaba, echando al techo una bocanada de humo dorado.
Se levantó en silencio la mensajera de los polinésicos y salió, sin ser advertida por el abstraído profesor. Quizá ignoraba Leonor Alcover mientras bajaba rauda y angustiada la escalinata de la Biblioteca Nacional que el hombre al que estimaba tan peligroso para su causa yacía profundamente dormido, agotado por un continuo y agitado velar durante dos días con sus noches.

* * *

El profesor Grindpol Jans despertó casi veinticuatro horas después, pero sus sentidos permanecían dominados por un tenaz letargo. Se halló en la cama de un hospital y rodeado por personas desconocidas que mostraban gran interés en verle abrir los ojos. Más tarde vio inclinarse sobre él a Ugo Rimaldi, su ayudante, y hasta entonces no intentó hablar. Pero no dijo nada. Se durmió otra vez, y cuando volvió a adquirir consciencia de las cosas percibió la luz del sol en unos grandes ventanales blancos.
Al escuchar voces quedas, cerró los ojos para que le dejaran pensar y recordar: un largo viaje en su avión, una isla volcánica, una evasión, unos hombres que se decían descendientes de Kon-Tiki, un confuso vagar en la capital chilena de la costa, una singular mujer...
—¡Profesor! ¡Profesor! ¿Está ya despierto? ¿Se encuentra bien? —gritaba Rimaldi, asiéndolo por los hombros.
—¿Qué diablos me ha pasado? ¿Dónde estoy? ¡Ha tardado usted

mucho en venir, Ugo!

Su propia voz le sonó rara en los oídos a Grindpol Jans. Después pidió de comer y aunque siguiera hablando con mayor facilidad, evadió todas las preguntas que referente a su pasada aventura le hicieran su compañero y unos hombres que le fueron presentados como doctores.

Más tarde supo el profesor que fue recogido, al amanecer del día anterior, en un salón de la Biblioteca Nacional, profundamente dormido. Al principio su sueño pareció natural, pero aun presentando todos los síntomas normales, no se le pudo volver al estado de vigilancia. Entonces fue llevado a un centro sanitario y sometido a examen médico. El estado del inconsciente profesor no correspondía por entero a ningún cuadro patológico definido y la medicina del siglo XXI se mostró incapaz de hacer un diagnóstico aceptable. Tales sospechas suscitó el extraño caso, que la intervención de la justicia no tardó mucho en seguir a la de la ciencia. Los pasos del profesor Grindpol Jans fueron reconstruidos y supervisados a partir de su llegada a Valparaíso con tanta eficacia, que a! tomar tierra en el aeropuerto sus auxiliares eran ya esperados por la policía para que ayudaran a esclarecer lo que se dio en llamar «el caso del sabio durmiente de la Biblioteca». Las investigaciones detectivescas se habían orientado también tras las huellas de la joven acompañante del profesor, que resultó ser una aventajada y honorable alumna de la Universidad. Del interrogatorio a que ésta fue sometida tampoco se llegó a conclusión satisfactoria alguna y sólo restaba aguardar a que el mismo protagonista del caso recuperara sus sentidos y pudiera arrojar alguna luz sobre el accidente.

Pero el profesor Grindpol Jans decepcionó también con sus declaraciones. Dijo simplemente que se sintió de súbito invadido por un irresistible sueño, cosa no muy misteriosa, ya que hacia casi tres días que no disfrutaba del menor descanso. Su entrevista en la Biblioteca con la joven estudiante, a la que desconocía, fue casual y producida tan sólo por los temas profesionales que ambos consultaban en la docta institución. El profesor acabó asegurando que se encontraba en perfectas condiciones de bienestar físico, expuso su deseo de que dieran por terminado todo expediente, mostró su agradecimiento a cuantos se interesaron por él y rogó que le permitieran trasladarse con sus ayudantes al gabinete de trabajo y vivienda que se disponían a montar en el estero de Viña del Mar.

El profesor Grindpol Jans, sin embargo, no había dicho todo cuanto sabía ni expuso cuáles eran, en realidad, sus propias sospechas; porque aunque en aquella noche llevara ya horas combatiendo el sueño y el cansancio, al producirse su encuentro con la singular mensajera de Tik-Taeroo, sólo se sintió rendido sin remedio al dar las primeras chupadas al cigarrillo ofrecido por ella a raíz de su velada

amenaza.
Bien pudiera ser asimismo el suceso una mera coincidencia. De todas formas, apenas se halló el profesor en las vías urbanas acompañado solamente por el fiel Rimaldi, puesto que Antonio habla marchado a hacerse cargo del avión, su interés estaba centrado en un motivo único: ver y hablar a la desconcertante embajadora del pueblo escondido bajo las lejanas islas del oeste.
—¿A dónde vamos, profesor? —inquirió Ugo Rimaldi.
—A la Universidad. Voy a presentarle, amigo, a una bonita sudamericana que vive en el 4.502 de la Avenida. Leonor Alcover es su nombre.
—Pero esa es la mujer que...
—Exacto, esa misma —sonrió misteriosamente el profesor.
Rimaldi, hombre ya de vuelta de muchos caminos, pensó que lo que le sucediera al eminente Jans quizá no fuera, al fin y al cabo, sino una cosa vulgar y muy divertida.
Y llegados a la residencia universitaria, el italiano, aun demostrando una discreción a toda prueba por respecto a su patrón, se afirmó más aún en sus frívolas ideas. Porque de otro modo no podía explicarse el enojo experimentado por el insigne Grindpol Jans al recibir la desalentadora e inesperada noticia de que la señorita Leonor Alcover, del modo más inexplicable, había desaparecido sin dejar el más leve rastro.

CAPÍTULO IV
SU ALTEZA REAL, AGENTE SECRETO

En el siglo XIX, cuando los hombres de la superficie surcaban los mares en frágiles barcos movidos a vela, los habitantes del mundo submarino podían vivir seguros aún entre las palmeras de sus islas y bajo las luces de los astros. Pero en este siglo XXI se hacia ya penoso, punto menos que imposible, evadir el radio de acción de las velocísimas naves atómicas que por el aire o por el mar cubrían de polo a polo el planeta.
En el nuevo siglo, ideologías de las nuevas generaciones clamaban por el salto a la luz y la integración del pueblo escondido en el gran concierto de pueblos de los gigantes.
Esto era precisamente lo que preparaba el Consejo de Ancianos, aunque para ello tropezaban todavía con el recelo ancestral de los más sesudos y sabios varones de la singular comunidad
—Lo que padecen ustedes es un complejo colectivo de inferioridad —decía con aires de suficiencia Nicholas Derek, el hombre de la superficie admitido en el seno del País Oculto—. Claro —proseguía—,

no quiero decirles con ello que cierren los ojos y abran el corazón ante mis gentes, porque eso significarla la perdición de todo este imperio fantástico.
—Pero podríamos establecernos en la superficie —replicaba Molokai el Joven.
—¿Sí? ¿Y a quiénes cree usted que pertenece cada roca apenas emerge del nivel de las aguas, ¿eh? A los estados de ahí arriba, amigo mío. Y cada hombre que allí habite es un súbdito sujeto a todas sus leyes. Y las leyes de ustedes les servirán, amigos, mientras esos gobiernos no opinen otra cosa.
—¿No nos señalarían unos territorios reservados, como hicieron en el país de América del Norte con los pieles rojas?
—Seguramente lo harían, pero fíjense, por ejemplo, en qué acabaron esos bravos e indómitos pieles rojas una vez que aceptaron las leyes de los blancos.
Molokai rechinaba los dientes y los ancianos movían la cabeza con pesadumbre. El extranjero tenía razón. Unos y otros, los jóvenes y los viejos, iban unificando sus criterios de acuerdo con el rumbo que las intencionadas charlas de Derek hacían tomar a sus ideas. Sólo había dos caminos: permanecer ocultos todo el tiempo que fuera posible, aprendiendo de los gigantes y armándose contra ellos en la sombra, o bien irrumpir en la superficie para ser esclavizados o diezmados al fin, porque todavía el país escondido no estaba en situación de defender con la fuerza su «modus vivendi».
Los encubiertos consejos del forastero eran estimados como preciosos por la mayoría de los prohombres oceánicos, y así él, a la vez que consolidaba su prestigio, iba madurando un osado plan que de realizarse estremecería por su magnitud al soberbio y orgulloso mundo de la superficie.
Las ondas llevaron y trajeron a través del océano las órdenes pertinentes. En principio, el éxito estuvo en favor del Pueblo Oculto. Pero después ocurrió algo. Rijji-Aritea y sus colaboradores, desorientados, fiaron la dirección del grave asunto a la experiencia y conocimientos de Nicholas Derek. Se hubiera acogido con satisfacción que éste decidiera en persona, tripulando con Tik-Taeroo y Molokai el Joven una nave aérea de que se disponía, acudir en ayuda de la princesa. Mas el huésped, antes de hacer una salida del seno de Rapa—Nui, prefería agotar todas las probabilidades.
Hikia-Uma, bajo su falsa personalidad, muy a su pesar, ya había suscitado la atención de la policía en su primera intentona de obediencia al plan forjado por Derek y Tik-Taeroo. No había salido mal librada de momento, pero el precedente era alarmante de por sí. A poco que a la policía se le ocurriera profundizar, el secreto tan celosamente guardado durante siglos dejarla de serlo en pocos

minutos. La mujer debía desaparecer de la superficie, borrar para siempre su nombre y su existir transitorio y regresar a Rapa—Nui con el hombre portador del secreto de Oceánida. No había de mirarse en utilizar para ello cualquier medio a su alcance, pues todos serían buenos y aceptables para el mejor cumplimiento de su misión histórica. Oceánida podría, con esta ocasión, aumentar en número la lista de su galería de héroes...

* * *

Sin perjuicio de las instrucciones recibidas, Leonor Alcover, asustada, juzgó vital asimismo dar por finalizada su estancia en la Universidad y dejar borrado su rastro a los sabuesos de la ley. No podía en modo alguno estar a expensas de una indiscreción casual o una denuncia de Grindpol Jans ni a una decisión de la policía de investigar más a fondo el móvil de su entrevista en la Biblioteca con el profesor viajero. Sabía que su desaparición fulminante de la Universidad daría lugar a un peligroso revuelo, avivado a poco que se realizara una información de su inexistente familia, mas le era imposible aguardar los días necesarios para salir de allí sin levantar sospechas. Pretextó una necesidad particular urgente para contar con un poco de tiempo antes de que fuera dada la voz de alarma, pero ignoraba hasta qué punto y con cuánta delicadeza estaba sometida a vigilancia por las autoridades universitarias.
En unas horas, la señorita Leonor Alcover se convirtió, de conocida y honorable licenciada en Ciencias Económicas, en oscura e indocumentada muchacha casi al margen de la ley. Pero ya tenía un camino que seguir, y todo era cuestión de que le dejaran tiempo suficiente para recorrerlo entero. Las oficiosidades de la prensa escrita y radiada la informaron pronto del lugar elegido en Valparaíso por el insigne y extravagante profesor de Historia Grindpol Jans para establecer su errabunda residencia.
Así, apenas el inca Antonio hubo despedido a los hombres del tractor aéreo que trajo los efectos del profesor y a los operarlos que tomaron parte en el montaje de la casa y el hangar, recibió la visita de una bella y taciturna joven que preguntaba con insistencia por el señor Grindpol Jans y no se quiso marchar sin verle.
—No ha llegado, señorita, y no sé cuánto podrá tardar.
—Lo esperaré el tiempo que sea. ¿Me permite entrar?
Solitarios parques y la frondosidad de bosques de pinos y plátanos orientales rodeaban la colina ribereña de Viña del Mar, donde por tiempo indefinido quedaría alzado el apacible hogar del profesor, mas la desconocida muchacha miraba a su alrededor con cierto recelo, como si temiera haber sido seguida por algún fantasma. Antonio, que

ya sabia algo de lo ocurrido a su jefe, hizo entrar a la mujer en el desordenado gabinete y se prometió no perderla de vista. Ella se sentó y se quedó quieta, sumida en reflexiones mientras contemplaba indiferente los montones de libros, cartapacios y cajas de microfilms que llenaban la espaciosa estancia. Al caer la tarde, por el caminillo que subía desde la autopista del parque aparecieron Ugo Rimaldi y el profesor.

—¡Usted aquí! —exclamó Grindpol Jans al hallarse de improvisto ante la mensajera de Tik-Taeroo.

Y Rimaldi advirtió que la expresión de su jefe era de alborozada sorpresa y que su mirada, de común dura y ausente, se animaba con luces que no eran las que le conocía en sus mejores momentos de éxitos y victorias profesionales. Era evidente su placer ante aquella visita.

—He venido a darle las gracias, profesor, a expresarle mi agradecimiento por su caballerosidad.

—No ha sida nada, señorita. Pero, dígame: ¿qué noticia me han dado en la Universidad...?

—De eso quería hablarle también, señor, si me lo permite.

Grindpol Jans, tras una breve presentación de sus auxiliares, rogó a éstos que les dejaran solos. Leonor Alcover se despojó al punto de toda la serenidad de que hasta entonces a duras penas procurara armarse y se tapó la cara, sollozando, ante el aturdido hombre de ciencia.

—He huido de la Universidad, señor. Ya no volveré jamás a ella ni a la vida que durante años he llevado en Valparaíso. He de evitar a toda costa cualquier contacto con la policía mientras me halle en América.

—¿Y no se ha dado cuenta de que, precisamente con este proceder suyo, no ha hecho más que provocar la posibilidad del tan temido contacto?

La joven alzó sus ojos casi con fiereza.

—Espero que no me encuentren nunca, señor.

—¿Dónde piensa ir para ocultarse?

—A Rapa—Nui, profesor Jans, a donde usted me llevará en su avión. Tik-Taeroo nos aguarda allí a los dos.

—Usted atentó contra mí en la Biblioteca, ¿verdad, señorita? Ahora mismo, si me negara a sus deseos, ¿qué haría, o... mejor dicho, qué trataría de hacerme?

—¡Oh, señor —clamó con desgarrada voz Leonor Alcover—, yo no le deseo mal alguno a usted ni a nadie! Yo...

Y la muchacha apoyó sus brazos en la mesa del hombre de ciencia y juntas las manos implorantes comenzó a hablar a borbotones. Refirió una historia triste y amarga que su oyente, de no ser un profundo conocedor de la arqueología preincaica y un furibundo y estudioso viajero por las fuentes históricas de todos los tiempos y razas, hubiera

reputado como engañosa e imaginaria. Mas tampoco llegó a importarle ya mucho a éste la certeza o falsedad del extraño pueblo escondido. Comenzaba a darse cuenta de que la presencia real de la embajadora de Oceanía, por sí sola, constituía un prodigio que se le estaba entrando por los ojos y los sentidos.

Se hacía de noche. Rimaldi, por indicación de su jefe, comunicó con la Universidad en demanda de las noticias que pudieran tener de Leonor Alcover. No sabían nada de ella, naturalmente, pero manifestaron que había sido iniciada su búsqueda.

—En el primer sitio adonde hará sus averiguaciones la policía será aquí, señorita —aseguró Grindpol Jans—. Usted y yo hemos hecho ya un poco de ruido.

No podía entonces imaginarse el profesor, a pesar de su alarde de sagacidad, hasta qué punto hechos tan dispares como su extraño sueño en Chile y la desaparición del patrullero Aníbal Torena en su reconocimiento de las islas fantasmas, habían calado en el interés del inspector Garín. En un principio los pocos hechos conocidos carecían en absoluto de puntos de conexión; pero otros informes al parecer ajenos fueron llegando a la ancha mesa de negro cristal da la eminencia gris de Fuerte Andes, y el hombre comenzó a unir tenues hilos que pudieran quizá llevar a algún misterioso ovillo. El avión que trajo al profesor Grindpol Jans a Valparaíso habla sido detectado por una estación de radar de las islas de Juan Fernández, a una hora, una velocidad y una situación tales, que a poco cálculo que se hiciera desdecía del informe de su tripulante al declarar que venía de Galápagos. Su verdadera procedencia bien pudiera haber sido un punto cercano al extraño radio en donde se perdía la pista del patrullero volante Aníbal Torena, amplios puntos ambos coincidentes en hora y lugar con las zonas señaladas por los sismógrafos de la costa como afectadas por recientes perturbaciones geológicas. ¡Ah, si hubiese podido conseguir a tiempo el gordo inspector, para su análisis, una muestra del barro adherido al tren de aterrizaje del avión de Grindpol Jans, a su llegada al aeropuerto valparaiseño del Campo de Marte!

Aquella noche el inspector Garín se dedicó a estudiar cuantos datos pudo reunir de las andanzas del hombre de ciencia llegado tan misteriosamente a Valparaíso, hasta decidir hacerle una visita no más hubo sabido que la joven estudiante complicada en el caso había abandonado sin definida causa su residencia universitaria.

—¡Si el profesor hubiera salido ahora nueva e inesperadamente de viaje...! —se dijo el inspector Garín, abriendo mucho los ojos y esbozando una sonrisa.

Pero no, el avión reactor de Grindpol Jans estaba en su hangar de Viña del Mar y el piloto Antonio le revisaba cachazudamente, con

calma y minuciosidad, las turbinas y los cuadros de mando.
—¿Piensa hacer algún viaje el profesor? —preguntó Garín con su bien estudiada indiferencia.
—Lo ignoramos, señor —dijo Rimaldi, el eficiente secretario—. Es vieja costumbre tener siempre dispuesto el avión, aunque a veces durante semanas enteras no sea utilizado.
—Bien, bien. Me hubiera gustado encontrar aquí al profesor.
—Si se hubiera dignado usted anunciar su visita...
—Como ha sido casual... ¿Fue lejos?
—Casi nunca deja dicho a dónde piensa ir. Salió hace una hora o así.
—¿Han recibido ustedes alguna visita desde que están aquí?
La rápida pregunta no sorprendió a Rimaldi, que replicó sin inmutarse:
—Ninguna, señor.
Tanto él como Antonio, ya habían sido aleccionados. Los tres acompañantes del inspector, como aburridos, se desperdigaron por los aledaños de la casa, mientras su jefe conversaba con los auxiliares del profesor. Les aseguró a éstos el inspector que su visita apenas tenia el carácter de oficial y les agradeció mucho que respondieran a sus improcedentes preguntas que eran, no más, una curiosidad viciosa aneja al oficio.
—Ya ven ustedes —dijo, moviendo al reír su panza enorme—, que no he utilizado siquiera el detector de mentiras —y se tocó el aparatito que como un antiguo reloj de pulsera llevaba sujeto a la muñeca izquierda.
Rimaldi lo maldijo en su interior y lo despidió con toda cortesía. Verdaderamente aquel hombre era un demonio; pero el profesor Grindpol Jans no le iba a la zaga, aunque a la sazón anduviese haciendo demasiadas tonterías.
En tales momentos se hallaba con la muchacha de la Universidad, nada menos que en un lujoso establecimiento nocturno de recreo en el Sexto Parque, a media hora escasa de camino a pie.
—Por todos los diablos, señorita, que la gente que frecuenta estos sitios sabe lo que se hace. ¿Me creerá si le aseguro, que es la primera vez que me hallo en un lugar así, sin estar rodeado de colegas, discípulos y periodistas?
—Le creeré, señor, si usted lo dice.
—Sin embargo, hay tanta vanidad en todo esto...
Grindpol Jans encerró en un amplio gesto de su mano a las gentes que se divertían y él se sumergió en el inefable momento que estaba viviendo. No osó bailar, porque ello estaba en un plano muy ajeno al de sus facultades; pero se sentía feliz y seguro allí refugiado en aquel reino de frivolidad que le rodeaba sin tocarlo y con la singular mujer oceánida a su lado y bajo su protección. Era este último un

sentimiento que envolvía como un halo el plácido dejar que pasara el tiempo. Charlaron y bebieron y llegó un instante en que el profesor se preguntó si acaso no sería una blasfemia lo que se le venía a las mientes. Porque llegó a envidiar a los vanos y alegres bailarines y a desear que su aventura en el océano hubiese sido un sueño destinado al olvido, que no fueran sino fantasmas de una pesadilla finada Tik-Taeroo y Aníbal Torena y que Leonor Alcover, despojada de su aura extraña, no fuera en realidad más que una sencilla y humilde muchacha de aquella tierra, andina luminosa y caliente.

CAPÍTULO V
UN MUNDO DESESPERADO

Convertirse en un burlador de las leyes era lo último que jamás pudiera hacer el eminente profesor Grindpol Jans y, no obstante, escogió las más oscuras horas de la madrugada para abandonar furtivamente Valparaíso.
El avión turborreactor se elevó en el silencio de Viña del Mar y giró en el cielo hasta lanzarse en ruta noroeste. Las estaciones costeras que detectaron su paso registrarían una orientación falsa, puesto que a determinada distancia sobre el mar el rumbo exacto a Rapa—Nui seria rectificado debidamente por el piloto inca, Antonio. El profesor iba a su lado y en la cabina de equipajes, en improvisado y cómodo asiento, silenciosa, la fugitiva de la Universidad.
El vasto océano, tenebroso piélago de tempestades y tierras exóticas en un pasado, desliza su inmensa y verde superficie muy abajo, a velocidad fantástica. No más de seis horas bastaron a los aeronautas de la Edad Nuclear para percibir en el horizonte, en carrera con el sol, la leve tierra que durante los últimos siglos fue único vestigio de la desaparecida civilización oceánida.
—La isla de Pascua a la vista, señor —anunció el piloto.
—Rapa—Nui —se dijo con unción casi religiosa la descendiente directa del legendario Kon-Tiki, la princesa Hikia-Uma, que retornaba a sus lares submarinos como en alas de un azar extraño.
No era la primera vez que Grindpol Jans visitaba la isla de Pascua, pero esta su actual arribada en modo alguno era comparable con las anteriores. Ahora presentábase Rapa—Nui como una tierra ignota cuyo secreto milenario se le iba a ofrecer rendido, pleno de encanto mágico de la aventura como a los héroes de los antiguos poemas griegos.
Al amanecer partieron de Valparaíso y todavía estaba muy bajo el astro del día en la línea del mar. Las seis horas transcurridas fueron contadas en el reloj por sólo unas decenas de minutos. Los habitantes

de la isla de Pascua no se habían levantado aún a la nueva jornada, y eso favoreció los planes del hombre de ciencia metido a caballero andante. La entrada en el Imperio Escondido aún era un alto secreto de estado; más iba a dejar de serlo muy pronto. Un destino caprichoso precipitaría de tal modo los acontecimientos, que en su vorágine no serían sino peleles los hombres y sus instituciones. Nada hay inmutable bajo el sol.
El triángulo que desde el aire era la isla de Pascua parecía subir raudo hacia los viajeros. En el lado oriental, único punto de la isla accesible por mar, brillaban las pocas luces del puerto de Hanga—Roa o Cook. Poco había cambiado a lo largo de un siglo la solitaria urbe del solitario islote perdido en el Pacifico a tres mil ochocientos kilómetros de Caldera, en Chile, lugar de América más cercano en línea recta. Aparte de las pocas porciones cultivadas el pequeño territorio semejaba un paisaje lunar. Era la característica principal los numerosos cráteres de sus volcanes apagados. Hacia el de Pano—Cau, de mil metros de diámetro, dirigió Antonio el avión por indicación de la mujer. Antes de penetrar en la enorme boca vieron correr en la cima a unos hombres que portaban luces de situación.
—¡Nos aguardaban, diablos! —exclamó el profesor, y la muchacha sonrió.
Una aeronave de medio siglo atrás no hubiera podido maniobrar como lo hizo la del profesor Jans, en el fondo del volcán, a una profundidad desde la cúspide de más de doscientos metros. Lentamente, como en un montacargas minero, el avión se sumergió en las negruras— hasta quedar posado en una leve plataforma iluminada por potentes focos que se encendieron sólo el tiempo justo para aterrizar.
En una gran oquedad situada al mismo nivel, portando linternas eléctricas de luz verde, estaban Tik-Taeroo y otros dignatarios del País Oculto. Al descender de su cabina, ayudada por Grindpol Jans, la muchacha de Valparaíso, todos prorrumpieron en un suave canto de bienvenida, y en los hombros de los forasteros fueron depositados sendos collares de flores rojas.
La princesa Hikia-Uma era recibida por sus súbditos con todos los honores.
El profesor y el piloto, con toda cortesía, fueron invitados a dejarse vendar los ojos. Un leve movimiento de resistencia de éstos fue reprimido por la princesa, que asiendo del brazo al profesor le suplicó aceptara tales formalidades. La conquista del secreto de Oceánida requería, en compensación justa, ciertas concesiones de los extranjeros.
Antonio y Grindpol Jans, a ciegas, se dejaron conducir por un largo laberinto de piso infernal. De no ir agarrados por robustos guías, a cada paso hubieran dado con el cuerpo en tierra. El terreno parecía

descender continuamente, a veces con inclinaciones de más de cuarenta grados. Cualquier sonido rebotaba con prolongados ecos, y el aire se iba tornando peculiar. Un raro perfume que flotaba en el ambiente no lograba suprimir por entero el penetrante olor a sal y humedad que saturaba aquel enorme ámbito submarino. Menos de una hora duró la caminata, aunque a los forasteros les pareciera un siglo, y al fin el suelo se hizo horizontal y menos quebrado, y luego notaron los aventureros cómo eran ayudados a subir en un artilugio y sentados en estrechos asientes de muelles.

El aire les batió en la cara al partir a regular velocidad el misterioso vehículo de silencioso motor. Poco más tarde, apeados ya y al pie de una escalinata de aristas fosforescentes, el profesor y su compañero fueron despojados da la venda que les cubría los ojos.

—¿Estamos ya en casa? —preguntó Grindpol Jans, parpadeando.

El tono de su voz no pudo disfrazar, como intentó la irónica expresión, su alterado estado de ánimo.

—Sí, señor, están ustedes en su casa.

Hikia dijo aquello y se despidió rápidamente, y el profesor y su piloto inca quedaron con cuatro hombres, que les condujeron a una próxima mansión excavada en las rocas rezumantes.

—No le respondo de mí, señor —dijo con acritud Antonio, tendiendo a su alrededor ansiosas miradas.

—Me escaparé, huiré donde sea, aunque tenga que dejarle. ¡Dígales a esos hombres que me lleven fuera, señor, y le esperaré un año entero sentado en una piedra, al sol!...

—Cálmese, amigo mío. Subiremos pronto, yo también prefiero el sol. Pero esto... esto es maravilloso...

El frío era intenso, hasta el punto de estar precisados los extranjeros a usar gruesas ropas de abrigo a pesar de gozar el país submarino de un cierto sistema de calefacción por medio de tuberías de aguas termales. La iluminación era fantasmal, pero perfecta, gracias a los intensos y múltiples reflejos de lámparas eléctricas colocadas estratégicamente para que sus rayos fuesen rechazados de forma indefinida por las grandes vetas de basalto de las paredes y las bóvedas. Calles y explanadas, estrechos pasadizos y avenidas con andenes y calzadas para los vehículos, hacían la urbe del Pueblo Oculto semejante a una fantástica ciudad sin cielo y sin altos edificios, sin ruidos estridentes y sin multitudes, como las nuevas ciudades polares durante la gran noche invernal.

Grindpol Jans, con Tik-Taeroo y un séquito de ingenieros oceánidos, giró una rápida visita a las frías toberas de los volcanes de Rapa—Nui, a los observatorios sismológicos, a los criaderos de algas comestibles, a las centrales de electricidad y a los manantiales de aguas potables y medicinales. Después de una frugal comida, el resto

del día fue consumido en las galerías de monumentos antiguos y modernos y en los archivos y museos de la vieja raza refugiada debajo del lecho del mar. Y la noche llegó, denunciada por los relojes, porque allí no había puestas de sol ni lunas, ni estrellas, ni amaneceres...

Finalizada la cena, uno de los deseos más firmemente expresados por el profesor fue atendido por Tik-Taeroo. No lejos de la mansión asignada, en una cómoda caverna cerrada al exterior, yacía en un camastro, pálido y con las facciones demacradas, el agente Aníbal Torena.

—¡Usted...!—vociferó al ver a Grindpol Jans, abalanzándose con los puños en alto.

—No se excite, amigo, le ruego que no se excite; —el profesor lo había asido fuertemente por las muñecas y le obligó a retroceder hacía su yacija.

—¡No me toque! ¡Oh, le costará tanto esto que ha hecho...!

El policía se dejó caer, sollozando de impotencia y de rabia, y entonces el profesor le descubrió por entre los harapos de su camisa unos grandes ramalazos sangrientos que le surcaban la ancha espalda.

—¿Quién ha maltratado a este hombre? ¿Por qué...?

Grindpol Jans se volvió, sorprendido y ceñudo, a sus silenciosos anfitriones. Éstos, inquietos, se consultaron con la mirada, y Tik-Taeroo fue quien se adelantó y con expresión grave se dirigió al extranjero:

—Ha sido un incidente muy lamentable, señor. Este hombre no era más que un prisionero, y aunque bastante díscolo y violento, ha sido considerado con excesiva benevolencia. Su seguridad le fue prometida a usted por Hikia-Uma, señor, y sólo por eso le ha sido posible ahora encontrarlo con vida... Pero no pudimos evitar que chocara con Nicholas Derek.

—¿Quién es Nicholas Derek?

—Otro huésped de la superficie, señor, el único que hasta hoy había sido admitido en el País Oculto. Hace ocho lunas que vive con nosotros y se ha hecho acreedor a ciertas prerrogativas.

El profesor apretó los labios en un gesto de desaliento. Dos hermanos de raza se hallaban en el mundo escondido, y los dos se enfrentaban. Ahora aparecía él mismo, y de hecho se convertía en el tercero en discordia. ¿No era éste un malhadado ejemplo del destino fatídico que desde el principio de los tiempos parecía pesar sobre el género humano?

Tras unas amistosas e inútiles palabras de consuelo al prisionero, el hombre de ciencia expuso el firme deseo de entrevistarse con el importante huésped de Oceánida. Algunos de sus acompañantes se mostraron reacios. Mas por voluntad del viejo y poderoso dignatario,

a los pocos minutos se hallaba Grindpol Jans en el umbral de la iluminada y espaciosa morada del influyente personaje venido de la superficie.
Derek, que diez horas antes habla sido informado de la llegada del profesor, aguardaba su visita. Sabía que tenía que suceder, y en no muy cordial ambiente, y ya tenía forjado su plan de campaña contra el que consideraba un peligroso rival o, en el mejor de los casos, un cómplice fastidioso.
—Pase, profesor Jans. Me figuraba que se llegaría más pronto por este agujero. Supongo que la tomará conmigo por haberle pisado el descubrimiento, ¿verdad?
Nicholas Derek, en pie en medio de la estancia, vertía ron en un gran vaso tallado. A su lado tenía recién destapada una caja de botellas.
—Beba, profesor, aquí no se puede vivir de otra manera. Hace una humedad de mil demonios —ofreció, volviéndose entonces de frente y mirando a su visitante.
El huésped del País Oculto era de robusta complexión y gran estatura, rubio, de tez muy blanca y ojos grises. Una sonrisa fría, que no le alcanzaba a la mirada, le bailoteaba continuamente en sus labios finos y sumidos. La mandíbula, poderosa, se le contraía en cada movimiento del cuello, y las cejas se le erizaban al fruncirlas con falta comicidad.
—No me presentaré, puesto que ya me conoce —habló desabridamente Grindpol Jans—. Ni pienso que me haya pisado nada. Lo que debe explicarme es la razón de que haya ofendido y maltratado al patrullero de la policía, Aníbal Torena.
—¡Bah, no lo tome así, profesor! Siéntese y tome una copa, es lo mejor para que nos entendamos por las buenas. ¡Eh, vosotros —se dirigió a los oceánidos que permanecían en el dintel—: dejadnos solos al profesor y a mí!
De un trago vació su vaso y acercando dos taburetes miró divertido al asombrado intruso. Éste siguió erguido y casi desafiante, sin aceptar las atenciones del aventurero.
—¿Quién es usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó, de pronto.
—Yo soy... bueno, se lo diré sin rodeos; no es necesario. Me llamo Nicholas Derek y soy natural de Boston, Massachusetts. En cuanto a la historia de cómo he llegado a esta madriguera, ya se la contaré... más adelante.
—Está bien, nada de eso me importa. ¿Por qué hizo eso con mi amigo? ¿Sabe que le puede costar ir a la cárcel? ¿Sabe que puedo hacer que lo encierren estos mismos hombres cuya hospitalidad no sabe usted respetar?
Nicholas Derek prorrumpió en una carcajada soez. Grindpol Jans, ya de suyo un tanto irritable, no pudo contenerse por más tiempo. Dejó

suavemente sus gafas sobre la mesa, y de un furioso puñetazo en el mentón hizo tambalearse violentamente al corpulento y jactancioso truhán.
—¡Cómo! ¿Eh...? —murmuró sorprendido éste al cabo de unos instantes. Y alzó sus largos brazos y sus dedos crispados como garfios y el profesor se halló de súbito suspendido del suelo y con la babeante faz de su enemigo a dos pulgadas de la suya.
—Le mataré. Suélteme.
La voz del profesor no fue sino un susurro, pero Nicholas Derek lo soltó y retrocedió un paso. En la cintura tenía apoyado el cañón de una diminuta pistola radiactiva que Grindpol Jans empuñaba con firmeza.
—¡Escuche, por mil diablos, no haga tonterías! —la alterada voz de Nicholas Derek, en un momento, había perdido toda su cínica bravuconería—. Usted me necesita a mí, profesor, y yo a usted. Usted no conoce nada de este maldito lugar y yo sí. He hecho un descubrimiento, sí, un descubrimiento colosal. Es un asunto estupendo, el mejor asunto de mi vida y aun de la suya... Y no se preocupe por ese policía; si es amigo suyo..., pues ya haremos las paces. No hay que enfadarse por eso.
Grindpol Jans apartó el arma y desdeñando entrar en tratos con el despreciable individuo que, sin embargo, le incitaba por sus indiscutibles experiencias del país extraño, dio por terminada la visita y se encaminó a la salida.
—¡Óigame, profesor, lo último que habré de decirle, y después que lo parta un rayo, si quiere!
El hombre de la superficie, de un salto, lo interceptó a la vez que le dejaba descansar sus enormes manos en los hombros.
—¿Por qué cree que le han admitido aquí, por bello o por sabio? ¡Le han dejado venir, profesor, porque ya sabía demasiado y porque usted era el único que podía traer en horas a la princesa! ¡Ah, y eso después que ella fracasara en su intento de quitarlo de en medio para, siempre, allá, en Valparaíso!
No hizo ya movimiento alguno para retirarse Grindpol Jans, sino que palideciendo ligeramente, escrutó las extraviadas pupilas de Nicholas.
—¿Qué princesa?
—¡Ah! ¿No sabía que ha conducido a su pueblo a la muy amada descendiente del gran Kon-Tiki, a Su Alteza Real la princesa Hikia-Uma, futura reina de Oceánida?
La voz firme del profesor se quebró un tanto al responder, hablando casi como si lo hiciese consigo mismo.
—¿Princesa...? Me dijo que solamente era pariente de Tik-Taeroo y agente del Consejo de Ancianos, que estaba obligada a servir a su país... ¿Y por qué me quiso matar? ¿Cuál fue su fracaso? —inquirió,

de repente.
—Aquel sueño suyo, profesor —Nicholas entornó los párpados y dejó caer sus palabras con estudiado efecto, una a una—. Aquel cigarrillo que Hikia-Uma le ofreció, ¿recuerda?, si lo fuma usted entero, no hubiera despertado nunca. Pero usted estaba tan agotado aquella noche, que se durmió normal y oportunamente a la segunda o tercera chupada... por eso pudo despertar, porque los efectos mortales de la droga no hicieron sino rozarle el organismo muy levemente.
—¿Cómo puede usted saber todo eso?
Derek sonrió y se cruzó de brazos.
—Aquí lo sabemos todo, profesor; es decir, yo lo sé todo. Yo mismo planeé aquello cuando supe que logró escapar del islote 21—2378. Es verdad que también nos ayudó la suerte, pues no fue usted mal muchacho. Las circunstancias han cambiado en estos últimos tiempos para Oceánida y para mí, y nos convenía tenerles aquí a todos: a la princesa, a usted, y... hasta a su piloto y su estupendo avión.
—¿Qué se propone hacer conmigo y con mi piloto?
—Si me atienden y ayudan, nada malo les ocurrirá.
—Déme un poco de tiempo y volveremos a discutir el asunto.
Grindpol Jans le volvió la espalda y salió presuroso. De Molokai el Joven, que aguardaba fuera, solicitó una urgente entrevista con la princesa.
—Tengo orden de llevarlo a sus habitaciones, señor. Mañana se le transmitirá a Hikia-Uma sus deseos.
—¿Dónde está Tik-Taeroo?
—Reunido en Consejo, señor. No puede ser interrumpido.
—Lléveme a ese Consejo inmediatamente.
—No es posible, señor. Son órdenes de Hikia-Uma.
—¡Pues yo iré, indíqueme el camino!
—¡Basta, señor! Si tan urgente es lo que ha de tratar, ahora comunicaré con Tik-Taeroo para que decida.
—Me gustaría que usaran ustedes de esa misma autoridad para con Nicholas Derek —murmuró enojado el profesor.
Y Molokai el joven le dio un empellón y lo sentó en el vehículo que aguardaba al bordillo del andén.
El amenazador gesto de Molokai y de sus silenciosos compañeros impusieron a Grindpol Jans una forzosa obediencia, aun cuando no dejaron de tratarle después con su habitual cortesía. Cuando el profesor se reunió con Antonio en las habitaciones que les fueron asignadas, éste se hallaba examinando uno de los veloces y pequeños automóviles de la ciudad oculta.
—Bah, es un simple motor de explosión movido con petróleo —exclamó despectivamente el inca.
—¿Le han dejado libre todo este tiempo, Antonio?

—Creo que sí, señor; pero, ¿a dónde iba a ir? Además, siempre hay algún polinesio de éstos mirándome.
Grindpol Jans encendió un cigarro y se dispuso a esperar la visita del viejo dignatario oceánido. Molokai prometió que le avisaría.
—Duerma, señor, yo velaré. He descansado varias horas —dijo Antonio.
Sin proponérselo, agotados ya dos cigarrillos, el profesor se echó vestido en un duro diván y se quedó dormido. Cuando a su parecer sólo habían transcurrido pocos minutos, sintió que alguien le sacudía por los hombros. Era Antonio, el piloto.
—Le buscan, señor.
—Sírvase acompañarme, profesor. Tik-Taeroo lo aguarda —le anunció Molokai.
La residencia oficial de Tik-Taeroo estaba situada a la entrada de una gruta colosal, de pocas, pero enormes estalactitas unidas al suelo, que semejaban columnas de un templo fantástico. La bóveda era altísima y la iluminación intensa, debido sin duda a la profusión y limpieza de las extrañas gemas que decoraban las ciclópeas paredes. Casas de hasta cuatro pisos, con grandes escalinatas y muros frontales inclinados como los de las viejas construcciones incas y aztecas, llenaban la gruta hasta perderse sus contornos en las invisibles y lejanas profundidades. El profesor de historia, a su pesar, no pudo admirar con detenimiento las maravillosas perspectivas de la urbe submarina. Por una escalera alfombrada de algas secas, para evitar el peligro que suponían los resbaladizos escalones, Grindpol Jans fue conducido a un salón con grandes arcadas abiertas al exterior.
Las paredes de la estancia estaban cubiertas con grandes mapas murales de casi todas las regiones del mundo. En un testero, sola, había una gigantesca y detalladísima carta del océano Pacífico y sus tierras con numerosos botones de distintos colores pinchados sin orden, al parecer, en la azul superficie indicadora de las aguas. Y junto a una fila de media docena de pupitres situados en el centro, sentado a una gran mesa de tablero semicircular, repleta de legajos y cartapacios, estaba Tik-Taeroo vestido con aquella leve túnica que debía ser distintivo de su jerarquía de alta dignidad en el pueblo escondido.
El arrugado semblante de Tik-Taeroo le pareció al extranjero más ajado que horas antes, su expresión más grave y sombría, la energía de sus ojos como velada y toda la viveza de su persona retraída y huidiza como bajo el peso de una reciente y tremenda preocupación.
—Siéntese, profesor Jans, y dígame qué desea. Hikia-Uma se halla descansando en estos momentos —dijo desmayadamente.
Grindpol Jans, embargado todavía por su mal contenida cólera,

expuso sus quejas contra Nicholas Derek y solicitó una rectificación a sus palabras. El viejo oceánido sonrió con amargura, sin inmutarse ante la embajada del profesor. Y es que aquello, ya, carecía de todo interés en comparación con la tragedia latente en el País Oculto.
—¿Qué me tiene que decir a todo eso, Tik-Taeroo?
—Nada, profesor; todo cuanto le ha contado ese hombre es verdad.
—¿Entonces...? —crispó los puños Grindpol Jans, levantándose de un salto, con los labios temblorosos y los ojos centelleantes.
—No le queremos mal, profesor —dijo con suavidad Tik-Taeroo—, y puede estar completamente seguro de que Hikia-Uma nunca celebrará lo bastante, como yo mismo, que su intento de causarle daño quedara sin éxito. Los dioses se apiadaron de todos nosotros y les damos por ello las gracias de todo corazón.
—Sí, ahora es fácil decir eso. Bien, ya pasó... ¡Pero ni ustedes ni ese bandido de Nicholas me pueden mantener prisionero!
Los ojos de Tik-Taeroo relampaguearon un breve instante.
—Escuche, señor, me bastarla mover un dedo para que usted y sus compañeros fueran borrados del mundo de los vivos. Como enemigos, ni nos pueden ustedes causar ningún daño ni nos hace falta ninguna tenerles aquí. Pero podemos ser amigos, profesor Jans, y queremos que usted lo entienda así de una vez para siempre.
Tik-Taeroo, como si hubiese sido agotado por la parrafada, hizo un gesto de cansancio y volvió a caer en su anterior abatimiento. Grindpol Jans permaneció desconcertado unos momentos, mirando distraído unas largas cintas de papel de sismógrafo que había sobre la mesa. Los electrogramas tenían en las márgenes numerosas y cabalísticas anotaciones. Con dedos temblorosos, Tik-Taeroo cogió algunos trozos y se fue andando cansino hacia el gran mapa de Oceanía. Allí, con las cintas en una mano y un lápiz blanco en la otra, estuvo absorto contemplando la situación de los curiosos botones coloreados.
—Acérquese, profesor.
Grindpol Jans dio unos pasos y se detuvo a su lado, ante el mapa, observando con curiosidad una inmensa cantidad de islotes diseminados en el mar, en puntos donde él sabía que no existían tierras algunas. Estos islotes estaban marcados con una referencia numérica en el botón correspondiente. Tik-Taeroo, con el lápiz, señaló el islote número 21—2378.
—Aquí fue donde nos encontramos. Ya no existe, se ha decretado su hundimiento. Se ha realizado éste ante los periscopios telemétricos de una flotilla de submarinos atómicos que merodeaban por las inmediaciones.
El botón amarillo fue sustituido por otro verde con la misma numeración. Los botones verdes, así, indicaban tierras borradas. Los

amarillos, tierras existentes. Los rojos, negros, sepias y blancos, otras cualesquiera circunstancias de las rocas estremecidas.
—¿Ustedes pueden, entonces, hacer aparecer o desaparecer a voluntad islas en el océano? —inquirió, escandalizado, el profesor.
—Llevamos muchos años experimentando. En un tiempo creímos que hasta nos sería posible en un futuro hacer emerger del fondo del mar un continente como el australiano o al menos un gran archipiélago como el japonés y el malayo juntos. Pero ya hemos llegado al convencimiento de que no hay tal posibilidad. Esta noche hemos desistido oficial y definitivamente de nuestro gran sueño. Además...
Tik-Taeroo se detuvo. Una especie de sollozo ahogó un momento la voz en su garganta. El profesor Jans permaneció mudo, expectante.
—Además —prosiguió el oceánido—, no tenemos ahora seguro ni siquiera nuestro pequeño mundo submarino... El Pueblo Oculto se halla en inminente peligro de desaparecer...
—¡Qué sucede, pues, Tik-Taeroo?
—Hace tiempo que las manifestaciones sísmicas naturales escapan a nuestros controles. No podemos mantener durante siglos una labor de titanes, profesor. Esto y el ansia de vivir al sol, por mucho que amemos nuestro país, nos hizo decidir el surgir fuera y entrar, como mal menor, en el desdeñado concierto de los estados del mundo. Ahora... ahora no sé si tendremos tiempo para eso, salvando a la vez nuestro patrimonio histórico, artístico y científico.
Tik-Taeroo, con el lápiz blanco, trazó un amplio círculo en el mapa, por debajo de los treinta grados de latitud sur, a mitad aproximada de la distancia entre Nueva Zelanda y la lejana costa chilena meridional.
—¿Usted no está al tanto de los experimentos científicos—militares de las grandes potencias de la superficie, profesor?
—Pues... no, nunca me ha interesado demasiado eso —confesó Grindpol Jans.
—Se van a efectuar en este radio unas formidables experiencias, profesor —anunció gravemente el prohombre del País Oculto—. Los investigadores en física nuclear, ya en la segunda mitad del pasado siglo, aseguraron que los océanos son una fuente inagotable de energía atómica. El deuterio, que como usted sabe es un isótopo del átomo de hidrógeno, se encuentra en cantidades inmensas en las aguas del mar. Se ha llegado a obtener en los laboratorios, pero lo útil y lo difícil es conseguirlo puro y aislado en sus propias fuentes y en condiciones debidamente controladas. Teóricamente se puede disponer, en el mar, de un manantial de energía capaz de cubrir las necesidades del planeta durante un tiempo infinito. No existe más peligro que el de provocar casi necesariamente enormes explosiones atómicas. Pues bien, la acometida de tales proyectos es lo que los pueblos poderosos de arriba van a llevar a cabo muy pronto,

precisamente en esta región —Tik-Taeroo señaló el circulo—, la más apartada de los lugares densamente poblados, pues por debajo del circulo polar el clima no es propicio.
Grindpol Jans continuó mudo, pendiente de las palabras del viejo de Oceánida.
—Los geólogos de la superficie —prosiguió éste—, no conocen como nosotros el subsuelo del océano. Y no saben, o no estiman demasiado graves, los cataclismos que han de desencadenarse.
—¿Afectará eso al Pueblo Oculto, Tik-Taeroo? —se atrevió a preguntar el profesor.
—Si se realizan tales experiencias, las aguas invadirán todo nuestro pueblo. La corteza del lecho del mar se resquebrajará en grandes y numerosas áreas. Algunas tierras de la superficie desaparecerán también. No alcanzo ahora a conocer otros probables resultados, ni me importan; porque Oceánida, ya para entonces, habrá dejado de existir y nada tendrá importancia.
Grindpol Jans permaneció largos minutos abstraído, mirando al mapa. Después se fue hasta las grandes arcadas para contemplar el panorama urbano del maravilloso mundo subterráneo creado por la raza fantasma de la isla de Pascua.
—¡Pero esto no debe perecer, señor! —exclamó el sabio historiador, volviéndose hacia el personaje de la túnica dorada—. ¡Se debe intentar detener esas pruebas, está, en juego la seguridad de un pueblo, la existencia de una civilización!
—Eso es lo que esperamos de usted, profesor Jans —Tik-Taeroo dijo aquello en voz suave, mirando suplicante a los ojos al hombre de la superficie—. Sea nuestro embajador, vaya a los gobiernos de los pueblos que disfrutan de la luz del sol y dígales que el Pueblo Oculto de Kon-Tiki no desea morir aún...

CAPÍTULO VI
EMBAJADOR SIN CREDENCIALES

Los acontecimientos, insensiblemente, se enlazan unos a otros hasta el punto de resultar después difícil comparar los anodinos actos primeros de una aventura con los subsiguientes surgidos de la acción. Así, Grindpol Jans se halló de pronto con que sobre sus hombros pesaba una tremenda responsabilidad.
El futuro de un pueblo entero, la supervivencia de un mágico museo vivo, que no por exótico era menos humano, quedaba confiado al incierto éxito una misión personalísima para la que apenas le restaba tiempo.
Nicholas Derek y Aníbal Torena no fueron sino otros tantos obstáculos

levantados en su marcha. El primero, hombre sin escrúpulos, cruel y ambicioso, no pretendía sino apoderarse de la voluntad de los oceánidos y de sus incalculables riquezas en piedras preciosas, erigirse en una especie de dictador y contar con una potencia capaz de hacerle una guerra feroz a su propio país, América, para desahogar así el implacable odio que sentía hacia sus propios hermanos. Aníbal Torena, por el contrario era el hombre bravo y tenaz dominado por el celo de sus deberes, y a quienquiera que le mostrara la menor oposición a que los cumpliera lo consideraba un enemigo.
—¿Sabe usted quién es Nicholas Derek, profesor? —gritaba desesperado—. Es un peligroso delincuente, un condenado evadido del penal de Tierra Eduardo VII, en la Antártida. Y a todos estos hombres los ha convertido en sus cómplices. Me retienen aquí contra mi voluntad, me humillan, y usted mismo, que si lo hubiera deseado habría evitado esto, se coloca en contra mía, en contra de la ley.
Todas las buenas y pacientes razones del profesor resultaron vanas ante el policía, que se resistía a actuar según les planes de Grindpol Jans. Eran éstos, entre otros, vigilar estrechamente a Nicholas durante su ausencia. Sostuvo con tenacidad Torena que no tenía que espiar ni guardar contemplaciones a un fugado de presidio, a un criminal convicto, contra el que no existía más paliativo que echarle mano y entregarlo a la justicia,. Nicholas, por otro lado, al no conseguir para sus propósitos la alianza del profesor y adivinar a la vez que éste lo desbancaba en la confianza de los notables de Oceánida, comenzó a maquinar terribles venganzas, aunque de momento fingiera plegarse al compás de espera impuesto por la angustiosa situación del País Oculto.
Aquel último día de la estancia de Grindpol Jans en la ciudad oculta de los océanos, la princesa Hikia-Uma en persona fue su acompañante en las visitas de estudio giradas a las estaciones de control geológico de las bóvedas principales. No sabía el profesor qué admirar más, si la ejemplar laboriosidad do aquel pueblo minúsculo y bravo, o la maravilla natural que entrañaba aquel fascinante recoveco del mundo. El extranjero, por razón de su profesión de historiador, no dejó de interesarse por la situación social del extraño estado. En este aspecto Oceánida carecía de problemas. En verdad, que la población no era excesiva y la unión impuesta por la amenaza del peligro común limaba cualquier manifestación de bajas pasiones. Todo ciudadano capacitado físicamente contaba con su obligación asignada y consideraba un honor el hecho de llevarla a cabo a satisfacción de los demás. La única ambición de los hombres del País Oculto consistía en conservar el patrimonio común y algún día ellos o sus hijos vivir en la superficie, a la luz del sol y de las estrellas.
El profesor Jans y la princesa, al salir de las enormes naves donde se

acondicionaba el «plancton», principal alimento cuyas ilimitadas propiedades ya estaban siendo también explotadas por las grandes industrias de la superficie, caminaron muy delante del séquito por las avenidas donde una comunidad de ancianas sacerdotisas cuidaban los cultivos de flora cavernícola. Eran estas flores bellos y frágiles símiles de la exuberancia botánica de arriba. Las luces verdes y rosadas reflejadas por el basalto y el cuarzo prestaban al extraño jardín una atmósfera de rara placidez y suave encanto.
Como por un tácito acuerdo, Hikia y Grindpol Jans no se hablaron una sola palabra acerca de sus propias aventuras acaecidas más allá de Rapa—Nui. Era como si se hubiesen visto por vez primera en la inmensa gruta donde ella y Tik-Taeroo tenían sus residencias. Hikia, vestida con un fuerte y ajustado traje de piel de foca y luciendo en la cabeza una diadema de flores y diminutos diamantes, no se semejaba, salvo en los ojos, a aquella lejana señorita Leonor Alcover que estudiaba en Valparaíso. No obstante, las inefables sensaciones que ya entonces su proximidad provocaron en el profesor, no hacían ahora sino revestirse de un etéreo tinte poético y legendario que el rudo hombre de ciencia no sabia cómo dominar. No fue aquella una aventura vulgar cuando empezó, y ahora, a los ojos del sabio caballero andante, se elevaba el lance a las regiones de lo sobrenatural y lo fantástico.
—¿Por qué no se lleva con usted al policía Aníbal Torena, profesor? —dijo Hikia-Uma, que al parecer pisaba más firme en la tierra.
Grindpol Jans descendió de las nubes a donde su imaginación lo llevaba últimamente con tanta frecuencia.
—Lo he pensado mucho y no me decido. Para ustedes sería igual, puesto que él daría también la voz de alarma. Pero antes de nada, me encerraría. Desde el instante en que saliésemos a la luz del sol él sería la ley y yo su prisionero.
—No se mostraría demasiado dura la ley con usted, profesor. Su caso, que es el nuestro, para un juez sería de una complejidad extraordinaria. Y, a fin de cuentas, ¿hay gravedad en sus delitos?
—No le tengo temor alguno a la condena o sanción a que me hicieran deudor, Hikia-Uma. Sólo temo a los días que estaría privado de libertad, que serían precisamente los de la aparición del Pueblo Oculto en la superficie.
—Así es, profesor Jans, y usted ha de ser el principal personaje organizador de esa sensacional aparición. Yo, particularmente, estoy muy contenta de que ese pequeño honor sea para usted y no para otra persona.
—Gracias, princesa. No será pequeño ese honor.
—Entre los dos, profesor, me puede seguir dando el tratamiento de «señorita» —Hikia hizo un mohín y tornó al tema central de su pueblo

desvalido—. Rijji-Aritea, nuestro Gran Jefe, sostenía el criterio de hacer una salida al mundo de arriba de la forma más directa y sencilla: esto es, lanzar mensajes por radio y aguardar en Rapa—Nui la llegada de los hombres de la superficie. Vendrían en grandes naves y en pocos días se llevarla a cabo la evacuación completa de Oceánida.
—¿Por qué no lo hicieron así?
—Me aguardaban. No querían dar un paso tan decisivo en nuestra historia sin mi presencia. Además, estaban temerosos. Ese hombre llamado Nicholas Derek ha estado haciendo una formidable labor propagandística en contra de los suyos. Sin haberlo pensado quizá, lleva una gran parte de razón. Si esperamos aquí que vengan a salvarnos, ¿quiénes llegarían primero como protectores? ¿Los escuadrones aéreos de la potente Asia? ¿Los submarinos gigantes de la vieja y orgullosa Europa? ¿Los americanos? ¿Todos juntos? De cualquier forma, la protección se la disputarían como lobos... y entre ellos el Pueblo Oculto acabaría, quizá, despedazado. Ya sabe usted, profesor, que el Gobierno Mundial, prácticamente, es tan nulo como aquellas desdichadas Sociedad de Naciones y Organización de Naciones Unidas del siglo pasado.
Grindpol Jans se quitó nerviosamente las gafas para limpiarlas.
—Entonces, lo de mi embajada, ¿ha sido cosa suya?
—Sí, profesor, así podremos elegir nosotros. Somos americanos. Nuestro suelo se extendía desde Méjico a Chile mucho antes de que llegaran los conquistadores españoles, antes aún de que los aztecas, los mayas y los incas salieran de sus bosques y se adueñaran de nuestra civilización. No reivindicamos nada. Sólo queremos un trozo de tierra a la luz del sol, y eso es lo que usted debe hacer que se nos conceda.
—Haré cuanto pueda. Se lo prometo, princes... señorita Alcov... digo, Hikia... ¡Maldita sea!
Y el profesor tiró con fuerza su cigarrillo contra el suelo y lo pisó con fuerza. Pero estaba contento. ¡Ah, cuántas cosas tendría de allí a poco tiempo que decirlos a aquellos endemoniados reporteros del Norte, que se le burlaron cuando él, impelido por una gran corazonada, aseguró que la vieja Tierra contenía todavía maravillas inéditas al margen de la técnica de la época!

* * *

El esplendor del sol llenando con su luz poderosa y vivificante el cielo y el mar puso una chispa de su plenitud en los corazones de los dos hombres que acababan de surgir de las negras entrañas de la Tierra. Grindpol Jans y Antonio, en el avión supersónico, hicieron una

cabriola para sumergirse en la luz y el calor. Las aguas azules rielaban muy abajo y las pequeñas olas centelleaban como irisados cristales. Tras las horas vividas en las profundas grutas de Rapa—Nui, era como una bendición del cielo aquel saturarse de luz.

En línea recta, la voladora navecilla enfiló las costas lejanas de Chile. El Océano tendido a sus pies semejaba una alfombra luminosa de esmeraldas y zafiros. Poco a poco, el sentido de un sagrado deber fue apagando en el ánimo de los aeronautas las embriagadoras sensaciones provocadas por la vuelta súbita al amado medio natural. Millas y millas de mar quedaron atrás. Parecía que allá delante fueran a surgir de uno a otro momento las brumas del litoral americano.

De pronto, el inca señaló proa, hacia abajo, muy adelante. Estaban a menos de la mitad del camino, a unos quinientos kilómetros al sur de San Félix. Como brillantes puntos grises en la superficie azul de las aguas, una formación de sumergibles apareció en el mar.

—Alcance altura —ordenó el profesor, graduando el oxígeno a presión suficiente.

El avión se encabritó y los puntos grises parecieron hundirse en un abismo.

—Más rápido, no nos conviene ser interceptados ahora.

—Es tarde, señor; hemos sido vistos —dijo el piloto.

Cuatro florones de rayos rojos se abrieron alrededor del aparato en puntos equidistantes. Era un aviso. Vibraron en los auriculares de radio de los viajeros unas voces en inglés.

—Bajen ustedes. Plataforma D, buque insignia.

Aquella invitación no podía ser eludida. Sin embargo, Grindpol Jans creyó que les sería posible pasar y presentarse a las autoridades de Santiago, y no contestó a las instrucciones que por radio les daban para el aterrizaje. Los puntos grises se iban quedando a popa. De súbito, otras cuatro granadas reventaron en torno al avión, mucho más cerca que las anteriores. La estructura entera se estremeció.

—No podemos escapar, señor —exclamó con angustia el inca.

—¡Veinte segundos más, Antonio, y estaremos a salvo!

—¡Imposible, señor!

El piloto accionó con furia los mandos y el avión menguó su velocidad, a la vez que iniciaba una curva y perdía altura. Aquel violento viraje los salvó, pues un florón cárdeno estalló en el punto donde un segundo antes estuvo el aparato. De repente, Antonio se alzó de su asiento con los ojos desorbitados y señaló, tembloroso, a través de la cabina, sin poder articular palabra. El profesor atenazó los mandos y obligó al avión a una loca danza. Todo era inútil. Un pequeño proyectil dirigido zumbaba en el espacio siguiendo en sus giros al avión. La distancia se acortaba a ojos vista. Casi se podía calcular el momento exacto del choque fatal.

—¡Vámonos, señor! —chilló roncamente el piloto. Y abrió la trampilla, por la que instantáneamente se deslizaron los asientos—paracaídas con sus ocupantes.
El profesor Jans cerró los ojos y se acurrucó instintivamente contra la red de tirantes que le envolvía el cuerpo, y a la vez un fragor horrísono estremeció la atmósfera toda. Se sintió zarandeado por titánicas fuerzas invisibles y perdió el conocimiento.

* * *

Varios botes neumáticos a motor surcaron las aguas para recoger a los tripulantes del avión destruido. Era éste el del profesor eslavo Grindpol Jans, cuya búsqueda y captura hacía doce horas que estaba ordenada por la jurisdicción sudamericana del Pacifico de la Policía Mundial.
Algunos restos del aparato, que adrede no fue atacado con armas desintegradoras, fueron recogidos por los hombres de los botes. Uno de los tripulantes, el piloto inca, fue rescatado en seguida de las aguas. Pero estaba muerto. No se soltó a tiempo del avión, y una plancha del fuselaje le había cercenado parte de la cabeza. El cuerpo del profesor, medio desnudo, también fue hallado más tarde entre las olas. Para poder mantenerse a flote se había despojado con desesperación del paracaídas y de parte de sus ropas y presentaba alarmantes síntomas de asfixia.
Los submarinos pertenecían a la base naval de Sidney y su comandante, el mayor Adlai Olivier, no tenía la misión expresa de la detención del profesor Jans, sino el reconocimiento de una inmensa zona de solitario océano donde iban a tener lugar ciertas experiencias atómicas para la paz. Mas habiendo recibido en ruta el mensaje de los servicios costeros de la policía, donde se daba la minuciosa descripción de dos aviones perdidos en aquellas latitudes, aprovechó la magnifica ocasión del encuentro con uno de ellos, precisamente el huido de Valparaíso en misteriosas circunstancias.
Grindpol Jans, apenas recuperados los sentidos, se halló ante el mayor Olivier. Era éste un hombre de edad madura, de fríos ojos azules y gesto desdeñoso. Un pulcro e inmutable oficial, a sus órdenes lacónicas, sometió al profesor a un completo interrogatorio.
—Entréguenme a la policía de Valparaíso, ¿no es ella quien me reclama? —pidió el profesor, finalizado que hubo lo que él creía puros trámites.
—No somos policías ni actuamos a sus órdenes. Será usted llevado a nuestra base y allí se decidirá su suerte —dijo secamente el mayor inglés.
Grindpol Jans se encolerizó.

—¡Llevamos una misión importantísima, señor; debe conducirnos con toda urgencia a Valparaíso!
El detenido se extendió un tanto en sus extrañas declaraciones acerca del pueblo escondido de la isla de Pascua, y los ingleses tomaron nota detallada da su relato. Pero permanecieron imperturbables y a medida que escuchaban, un dejo burlón curvaba las comisuras de sus labios rectos y fríos.
—¿No me creen ustedes? —chilló el profesor—. ¿Dónde está mi piloto? ¡Tráiganlo, él dará fe a mis palabras!
—Su piloto ha sido recogido muerto.
—¡Muerto! ¡Lo han matado! ¡Lo han matado ustedes!
Grindpol Jans saltó hacia el oficial, y dos marineros que hacían guardia a la puerta de la cámara le sujetaron con fuerza los brazos.
—¡Escúchenme, por Dios! ¡Llevo una embajada de la princesa Hikia-Uma, una embajada de la que depende un pueblo entero!...
El mayor sonrió y el oficial entonces, se dignó sonreír también.
—Creo que este hombre está loco de remate, señor.
Un marinero solicitó entrar en aquel momento, y cuadrándose ante el mayor, le entregó un parte de la sala de transmisiones. Adlai Olivier leyó el papel y asintió en silencio, pasándoles el mensaje a sus subordinados.
—Estimo que el teniente Smith lleva razón, señor —dijo el capitán médico que reconoció al prisionero.
Grindpol Jans hubo de resistir de sus aprehensores una última mirada entre conmiserativa y desdeñosa. No podía hacer valer ninguna de sus razones. Todo lo había perdido en la catástrofe que le costó la vida al fiel Antonio. Su propia personalidad era reconocida, solamente porque ya, como un delincuente, su filiación estaba en poder de las autoridades militares y policiales del mundo entero. Era un embajador sin credenciales, sin honor y hasta sin ropas que ponerse.
Durante un par de horas el peso de sus propias desdichas mantuvo al aventurero profesor postrado, sumido en una especie de letargo del que salió con muchos hilos de plata en su mal cuidada barbilla, la faz demacrada y las pupilas brillantes. El recuerdo de los grandes y profundos ojos negros de la princesa de Oceánida, que parecían mirarlo con un mudo reproche desde las sombras de su agitado soñar, despertó en el frustrado paladín unas enormes ansias de lucha, una feroz rebeldía contra el malhadado destino que lo atenazaba.
El profesor se hallaba preso en un camarote, echado en una litera y con un centinela de vista sentado a dos pasos. El marinero hojeaba un «Magazine». De un vistazo, Grindpol Jans se percató de que no podría arrebatarle el arma que tenía enfundada al cinto. Y una lucha abierta no le convenía, porque en últimas instancias aquellas gentes no tendrían contemplaciones con él. Su vida, para ellos, no valía nada.

—Deseo hablar con el comandante.
El centinela, precipitadamente, se puso en guardia.
—No hay orden de eso. Quédese en la litera.
—Bien —accedió el preso—. ¿Dónde estamos? ¿Me lo dice, por favor?
—A tres millas al oeste de Sala —el centinela creyó que siendo cortés con el vigilado éste se tranquilizaría.
—¡Condúzcame ante su comandante, señor!
—¡No!
El profesor se levantó de un salto.
—¡Es preciso que hable con el comandante, es imprescindible!
Por el tubo parlante que había en un rincón el marinero habló unas palabras. La puerta se abrió para dar paso a dos más. Éste era el momento esperado por el profesor. De un fuerte empellón apartó a los desprevenidos recién llegados y corrió por el largo y estrecho pasillo de planchas pulimentadas.
Sonó un silbato. Los hombres de guardia corrieron tras el profesor, que subió por una escalera que halló al final y emergió por una escotilla a la cubierta inmediata superior. Un pasillo más ancho ofreció mayor libertad de acción al fugitivo; pero en el extremo opuesto aparecieron varios marinos que acudían al silbato de alarma. Se oyeron voces en distintos puntos de la nave, y el profesor, cuya idea era provocar una entrevista con el comandante, se lanzó velozmente hacia la torreta de mando. Allí, si no al comandante, encontraría a alguno de los altos oficiales. Sus perseguidores trotaban a pocos pasos estorbándose los unos a los otros, pero ganando terreno.
Grindpol Jans no tenía posibilidades de buscar más. Estaba desorientado. Como una centella, ante la inminencia de ser reducido, se precipitó en una cámara cuya puerta cedió a su presión y la cerró, apenas franqueada, con el pestillo de seguridad que halló junto al picaporte.
Estaba en el pequeño almacén de emergencia. A un lado había el compartimiento estanco de evacuación de tripulantes en caso de peligro. Hasta una veintena de sillas metálicas de resorte estaban alineadas en sus basamentos, bajo la coraza móvil libre de la presión de las aguas. A la sazón este dispositivo no era del todo necesario, puesto que el sumergible navegaba por la superficie.
Poco tiempo tenía para obrar, de todas formas, el embajador del Pueblo Oculto. Los marineros atacaban ya la puerta del pasillo—almacén con soldadores eléctricos. Grindpol Jans se puso un chaleco salvavidas, se ató al paquete de un bote neumático plegable, y se sentó en una silla de emergencia. Pulsó el botón y cerró los ojos.
Giró una palanca sobre su cabeza, y la silla, con un sordo estampido, salió disparada sobre el océano. El cuerpo del profesor describió en el

aire frío una trayectoria parabólica y cayó a más de ochocientos metros a popa del submarino almirante, que era el que marchaba a retaguardia de la formación. El bote individual, automáticamente, se hinchó y acogió en su seno al náufrago.
Era de noche, una negra noche sin más luces que las de las estrellas y las fosforescencias del mar. El profesor le dio las gracias a los mares de Oceánida y a Dios. Si era cierto que estaba a tres millas de la isla de Sala y Gómez, a los ingleses les serla muy difícil capturarle de nuevo.
Inmediatamente un haz de luz comenzó a danzar por la tranquila superficie de las aguas. Una sirena taladró también con sus mugidos el silencio del océano. Pero el fugitivo, puesto ya en marcha el motor de fuera de borda del bote neumático, navegaba hacia el negro promontorio centra el que se oían batir las olas. Aquel viejo y perdido islote era territorio chileno, como Pascua, y legalmente el mayor Adlai Olivier nada podría hacer si el profesor Grindpol Jans conseguía poner sus pies en las arenas de la más oriental de las tierras de la Polinesia oriental.

* * *

A esponja, brea, sal y tabaco olía aquel tabuco de palmas donde unos cuantos hombres entretenían su ocio jugando a los naipes. Eran los funcionarios chilenos del estado para el servicio de la estación de repuestos y socorros de las flotas pesqueras de paso para los mares australes.
La partida se habla prolongado más de lo corriente. Era muy de noche y no había luna. El mar estaba en calma. Todo auguraba unas largas horas de tedio y por eso el viejo vigilante que dormitaba a la puerta de la estación de radiotelegrafía casi se cayó del asiento al percibir a lo lejos el ulular de una sirena de guerra y en la playa el roncar de un motor. Y a los pocos minutos, de repente, un hombre desconocido se le acercó corriendo, como surgido de las olas, medio desnudo, brillantes los ojos y mascullando imprecaciones.
El viejo vigilante estaba tan hecho a la idea de que allí nunca sucedería nada, que se asustó. También pudo ser que lo arrancaron de su plácido sueño o que le turbaron su laboriosa digestión. El caso fue que cual un rayo entró donde jugaban los improvisados tahúres y echó a rodar la partida. Pisándole los talones, surgió de las sombras el extraño desconocido.
—¿Qué diablos pasa, José? —gruñó el hombre vestido con uniforme azul de radiotelegrafista y tocado con gorra de visera donde campeaban el cóndor y la gacela del escudo de Chile—. Y usted, ¿quién es? —se encaró con el recién llegado.

—Soy el profesor Grindpol Jans, en misión oficial —respondió el visitante. Y se cercioró de una ojeada del cargo del jugador—: usted es el hombre que necesito, señor. Transmita un mensaje a la Policía Mundial, jurisdicción del Pacífico meridional, en Valparaíso. Es muy urgente y de enorme interés.
Las sirenas de los submarinos ingleses rasgaban fuera el silencio de la noche. Los motores de las lanchas rápidas dejaron oír su zumbido característico, y los hombres de Sala y Gómez se quedaron boquiabiertos sin adaptarse por entero a la inesperada situación.
Grindpol Jans asió desesperado, por un brazo, al delegado del Gobierno de Chile.
—¡Escuche, usted no puede permitir que esos hombres de la marina inglesa que me siguen me detengan aquí! ¡Estoy bajo su protección oficial y le pido que transmita mí mensaje... antes de que ellos se lo puedan impedir! Y si no lo hace así... entonces...
Otro de aquellos hombres, hasta entonces expectante, lanzó una risotada y señaló al profesor burlonamente.
—¡Claro, Grindpol Jans, el escapado de Valparaíso con una muchacha estudiante! —dijo entre risas—. ¡El sabio loco reclamado por la policía! ¿No lo han escuchado ustedes por la radio?
El profesor fue hacía él con ánimos de triturarlo, pero los otros se le interpusieron. A la vez el vigilante anunció que una patrulla de marineros australianos se aproximaba al desembarcadero.
El embajador sin credenciales de Oceánida se juzgó otra vez perdido, y ahora definitivamente. ¿Qué sería en tales momentos y en los siguientes de la princesa Hikia-Uma y de su desventurado Pueblo Oculto?
—Es decisivo, señor —rogó humilde y firmemente—. Por última vez, ¿quiere transmitir mi mensaje a Valparaíso? Cuando sepa de lo que se trata le dolerá no haberlo hecho antes.
El hombre del uniforme azul se rascó pensativo la barbilla, miró largamente a los ojos pardos del profesor y no supo si vio en ellos algo fascinante. De todas formas, los marinos del Reino Unido no le eran muy simpáticos.
—Venga conmigo —dijo.
Y se lo llevó a la casa contigua, donde se alzaba una larga antena con una luz roja en el extremo.
En la pequeña playa sonaban voces extranjeras, pasos fuertes y tintineos metálicos. En el mar, sólo el rumor de la resaca.
—Vaya escribiendo.
El embajador de Oceánida comenzó a escribir rápido y con claridad, y el radiotelegrafista a transmitir. Cuando el vigilante asomó la cabeza en la entrada, recibió de su jefe una orden muda y tajante de que cerrara la puerta y evitara toda interrupción dimanante del exterior.

Verdaderamente, el mensaje de aquel extraño personaje a las autoridades de Valparaíso era sensacional.

CAPÍTULO VII
MOTÍN BAJO EL LECHO DEL MAR

Allá en las profundidades verdes y rosadas del ámbito subterráneo, como un cíclope feroz, Nicholas Derek tramaba a toda prisa decisivas reformas de sus primitivos planes. La precipitación de los acontecimientos en el Pueblo Oculto iban a dejarlo al margen de una fascinante aventura en la que se creyó una vez único protagonista de la superficie. Por su mente pasó hasta la idea de avisar por radio a un grupo de antiguos y magníficos colaboradores de sus pasadas fechorías en las más grandes urbes americanas, pero la desechó, porque tendría que dividir entonces en demasiadas partes el botín y, además, su propio rastro sería peligrosamente aireado. Verdad era que Grindpol Jans había salido en su avión sin que él hubiera podido evitarlo, y que el País Oculto tardaría en ser invadido por los soldados y la policía lo que el profesor tardara en denunciar su existencia.
Pero Nicholas Derek tenía también allí mismo y gracias a su labor de zapa valiosos partidarios.
Eran jóvenes oceánidos de sangre ardiente y carácter sencillo, que ansiaban una renovación total de las condiciones de vida de su país. Eran bravos, rebeldes y a la vez crédulos e inocentes como niños. Las predicaciones de Nicholas ya hacía algún tiempo que pesaban en la voluntad de aquella juventud explotable. El hombre de la superficie les habló, entre otras cosas, de que con las piedras preciosas que poseían les seria posible comprar en el lugar del mundo que eligieran una porción de territorio con fértiles campos y cómodas casas. Podrían vivir ellos y sus familias como potentados, disfrutando de maravillas desconocidas, sin más que romper con los inútiles y viejos dignatarios apegados como gusanos a las piedras de sus cavernas.
Así, en la morada del huésped de Oceánida se fue fraguando una especie de conspiración que apenas ausentado el profesor Grindpol Jans tomó caracteres de motín abierto. Oceánida carecía de fuerzas armadas, por la sencilla razón de que nunca hicieron falta. Los oceánidos eran científicos, filósofos, estudiantes o artesanos y todos en un momento de peligro se pondrían en pie de guerra o de emergencia. Pero una sedición de facciosos nunca había sido prevista. Nunca, en verdad, habían sido exacerbados en el ánimo de los pacíficos pobladores del País Oculto los sentimientos de ambición, egoísmo, vanidad y soberbia.
La expeditiva campaña del hombre de la superficie dio comienzo.

Una emisora de Oceánida, sin dar su filiación geográfica, transmitió intermitentemente sobre el mar el aviso de que se hallaban libres e incontrolados el peligroso hombre de ciencia Grindpol Jans y su piloto inca, ambos raptores de mujeres y enloquecidos por el uso de desconocidos estupefacientes fabricados por las industrias clandestinas del Extremo Oriente. A la vez, Tik-Taeroo y los demás miembros del Consejo fueron, por la fuerza recluidos en la mansión gubernamental bajo estrecha vigilancia de jóvenes rebeldes.

En la residencia de Hikia-Uma, al frente de un grupo de disidentes, Nicholas Derek se presentó a plantear a la princesa la cuestión de confianza. El aventurero, convencido de su poder, expuso cínicamente y a grandes rasgos sus atrevidas condiciones de único salvador del Pueblo Oculto.

—La insensata confianza que han depositado ustedes en Grindpol Jans, princesa, perderá al Pueblo Oculto. El profesor ha volado hacia su perdición. Ya no lo volverán ustedes a ver más, porque será cazado como una bestia salvaje, y en el caso de que su relato sea creído allá arriba, el País Oculto no se habrá salvado tampoco. Será invadido por la soldadesca, confiscados sus bienes por el Estado y sus hombres sometidos a esclavitud. Esto, en el caso da que no ofrezcan ustedes resistencia; porque si intentaran hacerle frente al ejército...

Un rápido y expresivo gesto de mano ayudó sin más palabras a Nicholas a terminar la presuntuosa parrafada.

—¿Y qué ventajas nos ofrece usted, señor? —inquirió, con rara suavidad, la princesa.

El aventurero, halagado por el tono al parecer humilde y amistoso de la descendiente de Kon-Tiki, subió al estrado del sencillo trono y se inclinó casi con familiaridad apoyándose en un brazo del sillón de piedra con incrustaciones de gemas.

—Usted ha vivido fuera muchos años, princesa, y conoce tan bien como yo la vida en la superficie. Si llegáramos los dos a un acuerdo, le juro no usar de la fuerza contra su persona ni contra los súbditos suyos que nos secunden. Sería mucho mejor una inteligencia entre ambos, porque no contamos con tiempo.

—Está claro, Nicholas Derek, que usted no cuenta con mucho tiempo para hacer una revolución aquí.

—No nos apartemos del asunto, princesa —los grises ojos inyectados en sangre de Nicholas relampaguearon—. Ustedes poseen un antiguo avión de transporte y cuatro pequeños, dos de ellos supersónicos, además del que trajo al policía Torena, ya reparado. Mi plan es el siguiente: conozco un extenso territorio casi desierto no muy lejos, en la Tierra de Fuego. Con la centésima parte de las riquezas que puede usted llevar en una maleta, es posible adquirir legalmente una gran

extensión, con edificaciones. Nosotros dos y la persona que usted designe, en diez horas, podemos efectuar hasta allí el traslado definitivo. Les aviones pueden regresar y dar tantos viajes como sea necesario para llevar a cabo una completa evacuación de hombres y efectos. Usted sabe que allá arriba, con dinero, todo es posible. Cuando las autoridades se den cuenta, ya usted y su pueblo se hallarán firmemente instalados a la luz del sol, en tierra propia y con toda la vida por delante para fijar en armonía con los otros pueblos un destino envidiable.
—Y su papel en todo ello, ¿cuál será, señor?
—Dedicarme por entero y para siempre a vuestro servicio, señora. Desde que salga fuera, a los ojos del mundo seré un oceánido más. Adoptaré un nombre del país de Kon-Tiki, una personalidad nueva. Rompo con los míos y reniego hasta del apellido de mis padres. Los hombres de Chile harán un censo del pueblo inmigrado y allí me contaré yo entre Rijji-Aritea, Tik-Taeroo, Molokai, Tokola y tantos otros.
—Bello plan, Nicholas Derek, y muy digno de felicitación —dijo Hikia —. Y dígame, ¿cuándo y cómo se llevará a efecto ese éxito?
—Inmediatamente, princesa. Tokola, el piloto, nos puede llevar a nosotros en el delta pequeño de propulsión, de aquí a pocas horas, para establecer la cabeza de puente.
—Usted no ignora, señor, que el avión grande de transporte, para ser sacado fuera, ha de ser previamente desmontado y vuelto a montar al aire libre, en Rapa—Nui, porque por las galerías no cabe. También sabrá que carecemos de buenos pilotos para toda la flota aérea, y que aun obrando con gran celeridad, la evacuación que ha propuesto llevaría, por poco, de uno a dos meses, ¿verdad?
Nicholas Derek cedió un poco en su entusiasmo. Hizo una mueca y sonrió, a su pesar, como pudiera hacerlo una hiena asustada para infundirse valor.
—Toda gran obra requiere esfuerzo, señora. Por eso dije que usted y yo, con Tokola el piloto...
—Sí —terminó Hikia—, y media docena de maletas con el dinero necesario y el equipo de ambos, ¿no?
—Exactamente, princesa —los ojos de Nicholas brillaron de admiración y una baba huidiza humedeció inoportunamente su labio inferior—. ¡Qué maravillosa aventura y qué maravillosa compañera! — pensó enajenado.
Hikia-Uma se levantó.
—Es usted el ser más estúpido y más despreciable que he conocido en mi vida, Nicholas Derek. Ahora, si yo aceptase en secreto su plan, como sin duda desea, no vacilaría en traicionar a sus seguidores.
Nicholas acusó el inesperado golpe. Hikia hablaba en voz alta,

haciéndose oír por el grupo de oceánidos que respetuosamente asistía, a prudente distancia, a la entrevista entre su caudillo y la princesa.
—Comprendo que desee cambiar de nombre y borrar toda huella de su personalidad anterior —prosiguió ella implacable—. Usted es un delincuente fugado de presidio y tan pronto abandone nuestro País Oculto sería capturado por la justicia. En cambio, el profesor Grindpol Jans es un noble y esforzado caballero...
—Al que usted en una ocasión quiso matar, princesa —interrumpió loco de furor Nicholas Derek—. Somos lo mismo, Hikia-Uma, ¡pero el que manda ahora soy yo!
—No le durará mucho ese mando —respondió con altivez la princesa, bajando de su estrado erguida y digna como una reina—. El País Oculto está tan amenazado por las fuerzas imponderables de la naturaleza y la soberbia de los hombres de fuera, que la amenaza de usted es tan baja y despreciable como la picadura de una avispa para un condenado a muerte.
—¡Deténgase, Hikia-Uma, es usted nuestra prisionera!
—Nadie ose tocarme ni con la yema de los dedos —Hikia se volvió a medias hacia sus rebeldes súbditos, que apenas habían hecho un movimiento para detenerla—. Voy con Rijji-Aritea y sus sabios colaboradores fieles a la memoria de Kon-Tiki. Juntos aguardaremos el retorno de Grindpol Jans.
Nicholas rio con feroz bravuconería.
—Llegará demasiado tarde su socorro, princesa. Nosotros controlamos las emisoras de radio, los transportes aéreos, las esclusas, las estaciones sismológicas y las galerías de salida lejana.
—Usted, sin dinero, no irá a parte alguna, como cualquier maleante de la superficie. Y el dinero lo tenemos nosotros todavía.
Hikia, alta la cabeza y con paso majestuoso, salió sin que nadie tratara de impedírselo. En derechura y sin tomarse la menor prisa, atravesó la calzada de la gigantesca gruta rosada y subió la escalinata de la residencia del Consejo. Los centinelas oceánidos disidentes saludaron y la dejaron pasar a reunirse con Tik-Taeroo, Rijji-Aritea, Molokai el Viejo y las demás personalidades detenidas.
—¿En qué diablos pensáis, imbéciles? —rugió Nicholas Derek a sus indecisos seguidores.
—Creo que Hikia-Uma dice mas verdad que tú, Nicholas —se atrevió a observar el pálido Kakura, decorador de estatuas.
—Aléjate entonces de nosotros, Kakura, antes de que te mate por cobarde —dijo entre rechinar de dientes el jefe del motín, conteniéndose para no saltarle al cuello al débil correligionario. Y añadió dirigiéndose a todos—: ¿Hay alguna mujerzuela más que huya asustada?
—Estamos contigo, Nicholas, pero obra pronto. Estamos impacientes.

Entonces Nicholas Derek abofeteó salvajemente al artista, que quedó gimiendo en un rincón de la estancia. Y todos salieron graves y ceñudos, pero entusiasmados por la esperanza de ver realizada la gran aventura prometida.

Las dotes de organización y mando del audaz aventurero, a pesar de sus errores en la apreciación de sentimientos y caracteres, eran dignas de una más noble causa. Ordenó trasladar el gran avión de transporte, desmontado, al exterior del frío volcán Pano—Cau. Esto era un golpe de efecto, no más. En las laderas había una zona bastante plana como para permitir al aparato, una vez acondicionado, levantar el vuelo. A la vez, las dos diminutas naves de reacción fueron dispuestas en la plataforma interior de la sima desde la cual, en vertical, podrían emerger a la luz y tomar en el aire el rumbo deseado. Una patrulla fuertemente armada tomó posiciones en derredor del cráter, preparada para atacar por sorpresa, llegada la noche, las instalaciones portuarias y de comunicación y el poblado de Hanga—Ria o Cook, único núcleo habitado de la superficie de la isla de Pascua. En las profundidades rosadas del País Oculto, sin pérdida inútil de esfuerzo ni de tiempo, todo se disponía para una evacuación fulminante de los disidentes. Nicholas sería el último en salir, según sus públicas manifestaciones, pero en verdad era que en llegado un oportuno momento, el más veloz avión con Tokola de piloto y Derek de tripulante, se perdería hacia las nubes con el tesoro de piedras preciosas y oro con que comprar en América las futuras tierras del pueblo exilado.

Casi finalizados muchos de los preparativos, Nicholas Derek juzgó conveniente ocuparse de uno de sus más firmes propósitos: borrar de entre los vivos al agente de policía Aníbal Torena, que furioso y desesperado permanecía aún en su prisión de piedra esperando tenaz la hora de cumplir su misión o perecer en el empeño.

—¡Arriba, sabueso infeliz, se te acabó el maldecir y engordar la panza! ¡Vas a ver de una vez lo que supone medirse con el gran Nicholas Derek, de Boston, Massachusetts!

La estancia estaba en sombras. El tubo de neón de la entrada no lucía, al igual que otros muchos de la urbe subterránea, por las dificultades laborales surgidas en las centrales eléctricas. Las cristalizaciones de las rocas no devolvían sino irregulares e impotentes reflejos.

—¡Sal de tu ratonera, policía, y ven por el grande y poderoso Derek!

Hasta el centro de la amplia sala tallada en la piedra avanzó el fugitivo de la Antártida, y al no recibir respuesta a sus baladronadas ni percibir siquiera la respiración del preso se detuvo receloso y empuñó la pistola de cargador múltiple. Tendió el oído e intentó penetrar con la vista el último rincón, y una turbación inexplicable se apoderó de su ánimo. Estaba solo. Solo, sin más que una estrecha salida que

pudiera conducirlo al mundo de la luz.
—¡Aníbal Torena! —rugió—. ¿Dónde está usted?
—Aquí, Nicholas Derek— dijo una voz anhelante en el umbral—. Dése preso. Si no... tendré que llevármelo ya cadáver. Vendrá conmigo de cualquier forma.
El policía, en el dintel, estaba tieso y con las piernas abiertas. Un arma semejante a la de su enemigo le brillaba en la mano izquierda. Detrás de él expectante, asistía a la escena el pálido Kakura.
Nicholas dejó escapar una soez imprecación. Estaban él y Torena frente a frente y con las armas, en la mano, y si cualquiera de los dos disparaba ambos serían acribillados. Ninguno lo ignoraba, pero a los dos les era igual de duro ceder. El aventurero sintió un sudor frío correrle por las mejillas y un raro escalofrío en su cuero cabelludo. El policía, quizá, estaba libre del miedo a causa de su elevado concepto del deber, su odio y su prolongado sufrir.
Y de repente la tensión del momento fue cortada brutalmente por un rápido estremecimiento del ámbito rocoso.
Un zumbido extraño, cual una sacudida eléctrica, vino de las profundidades laberínticas incrementado por un millón de ecos. Algunas esquirlas se desprendieron de las altas bóvedas. Temblaron las paredes y el suelo, el ruido se hizo intenso y una oleada de calor llegó de algún indeterminado punto de las entrañas de la Tierra.
Torena y Kakura se acurrucaron en el umbral. Nicholas, con los ojos desencajados, dio un salto de felino y salió a la calzada, mirando con terror en todas direcciones. Le entró el fragor por los oídos y se rodeó la cabeza con los brazos, partiendo a todo correr hacía un imaginario lugar de salvación. Otros hombres se movían enloquecidos por las avenidas ondulantes, gritando horrorizados. Muchos se postraban de cara al suelo impetrando a sus divinidades. El policía de la superficie, pasado el primer momento de pánico, tomó a su sentir imperioso y se incorporó buscando a Derek. Entre los ecos restallantes percibió sus gritos y se lanzó, tambaleante y decidido, en su persecución.
Por momentos cesaba el fragor infernal.
Algunos vehículos estaban volcados, muchas construcciones agrietadas, rotas numerosas estalactitas y socavadas grandes porciones del pavimento. Uno que otro cuerpo sangrante yacía bajo los bloques desprendidos. Al hacerse el silencio, de modo progresivo, ayes lastimeros y gritos de angustia sustituyeron en el País Oculto a la terrible voz del seísmo.
Rendido tras un loco vagar, desorientado, Aníbal Torena desembocó en la gran gruta rosada que semejaba una catedral fantástica.
En la escalinata de la residencia del Consejo, Hikia-Uma y un numeroso grupo de sus fieles estaban rodeados por los guardianes disidentes que, pasado el pánico, les amenazaban con sus armas

conminándoles a retornar a la prisión. El viejo Rijji-Aritea gesticulaba tratando de hacerse oír por los revolucionarios. Hablaba en una lengua desconocida por el policía. Hikia-Uma alzaba los brazos y pugnaba por avanzar, pero Molokai el viejo y Tik-Taeroo no se lo permitían.
—¡Nicholas! ¡Nicholas! —llamaban los armados jóvenes.
De un brinco, Aníbal Torena franqueó el cerco de los vacilantes amotinados y se puso al lado de la princesa. Su porte era inquietante. Vestía andrajos, los cabellos y la barba estaban largos y revueltos, le centelleaban como a un demente los ojos y blandía furioso su mortífera pistola.
—¡Entréguenme a Nicholas Derek y sáquenme de aquí! —aullaba.
—Eso quisiéramos —gruñó Tik-Taeroo—. ¡Oh, Dios, cuánta ceguera la de estos insensatos!
Hikia miró sorprendida al policía.
—¿Cómo está así este hombre? ¿No di orden de que fuera cuidado y respetado como el mismo Grindpol Jans?
—Sí, princesa, pero se enfrentó a Nicholas Derek apenas se vieron. Nicholas se ha ocupado de él, y sólo hemos podido impedir que lo matara, otros asuntos han reclamado después nuestros cuidados...
—¡Nicholas! ¡Nicholas! ¡Aquí está Nicholas! —clamaron los facciosos, como si con la presencia de su jefe se vieran libres de un insoportable peso.
El aventurero llegaba, seguido por casi un centenar de oceánidos. Era todo lo que restaba de sus gentes, excepto los que permanecían en la cumbre del volcán con el avión de transporte a medio montar. De todos los puntos del País Oculto iban congregándose en la gruta rosada los demás habitantes supervivientes, una multitud de más de cuatro mil criaturas, en su mayoría ancianos, mujeres y niños de todas las edades. El pánico general los había libertado de la severa vigilancia impuesta por el nefasto hombre rubio de la superficie. Levantaban un acongojante rumor, clamando ayuda de la princesa Hikia-Uma y del grande y venerable Rijji-Aritea.
—¡Nicholas, yo soy la ley! |Yo haré justicia!
Como un poseso, Torena avanzó Nicholas Derek y lo encañonó. Pero el sagaz aventurero venía prevenido. Sabía que el policía estaba allí y que ya no guardaría formalidades para su detención o castigo. De la pistola del fugitivo de la Antártida brotó un chorro de balas una fracción de segundo antes de que su rival accionara el gatillo.
Aníbal Torena disparó sin dar en blanco dos proyectiles y se retorció en el aire, de puntillas, como si iniciara una trágica danza. Antes de caer ya tenía el cuerpo y el cráneo totalmente perforados. La vida se le había ido en el cumplimiento de su última y definitiva misión, en unas circunstancias que ninguna hoja de servicios podría prever.

El momento de estupor fue hábilmente aprovechado por el criminal. Además, aquella masa de testigos estaba aún bajo los efectos del gran terror desencadenado sobre el País Oculto. Una muerte más no tenía demasiada importancia. Para ellos aquella muestra de las pasiones de los hombres de la superficie no era más que un motivo desagradable sumado a los tantos y tantos que se cernían bajo sus amenazadoras bóvedas temblorosas.
—¿Quién más se opone a seguir viviendo? —gritó Nicholas, revolviéndose en el centro del enorme grupo—. ¿Quién más no desea obedecerme para ser guiado hasta la luz del sol?
Un clamor se alzó de la muchedumbre. Muchas gentes se pusieron a su lado, fascinadas por el temor, como si de aquel hombre desconocido dependieran sus vidas y el fin de todas sus tribulaciones. Los gritos de cólera y advertencia de los ancianos del concejo fueron impotentes. Algunos cayeron arrollados por un movimiento incontrolado de la multitud. Las mujeres y los niños lloraban. Los hombres gemían ose deshacían en denuestos y blasfemias, según sus fuerzas o el estado de sus ánimos.
Nicholas Derek se puso, desafiante, frente a Tik-Taeroo y la princesa.
—Señora, ya no hay tiempo para discutir. Sálvese y trate de salvar a su pueblo. Vuestros sabios han perdido las riendas de las rocas. El terremoto se repetirá una y otra vez, hasta la destrucción total. Déme el dinero para comprar las tierras en América.
Como una respuesta a la petición del aventurero, un hombre sucio de tierra y de sangre se acercó jadeante abriéndose paso por entre la multitud. Venia de arriba, de las galerías altas del volcán apagado.
—¡Señor, señor, tú no sabes...! ¡Tokola y los dos aviones pequeños han sido aplastados por las rocas de las paredes del Pano—Cau!
Nicholas palideció, pero haciendo acopios da su voluntad poderosa se irguió ante el emisario.
—¿Están cegados los conductos?
—Aún no, señor, pero si se produce otro temblor...
—¡Es tiempo todavía, princesa: ordene sacar los arcones! —chilló Nicholas, volviéndose a Hikia-Uma.
La noticia se extendía por la multitud. De pronto, en alas del pánico otra vez, la masa se puso en marcha. Todos ansiaban ganar la estrecha salida que pudiera quedar. Todos querían salir antes de que llegara la tan temida y esperada destrucción fulminante.
—¡Atrás! ¡Atrás! —voceó roncamente Nicholas Derek.
Y como perdiera de súbito todo ascendiente, furioso y enloquecido, comenzó a disparar contra la miserable horda aterrorizada. No distinguía ya entre seguidores y contrarios. Todo el que se hallaba en la trayectoria de sus balas caía sangrante, para ser inmediatamente pisoteado por la estampida humana que ya no obedecía más que a su

propio instinto de conservación.
Rijji-Aritea cayó desvanecido en brazos de Tik-Taeroo. Hikia-Uma y otros altos dignatarios libres del terror colectivo trataron de abalanzarse sobre el asesino para detener la matanza, cuando un hombre surgió de la muchedumbre a sus espaldas y le saltó a los hombros.
Era Molokai el Joven, hasta entonces indeciso entre seguir al aventurero o permanecer fiel a sus mayores. Y ya su indecisión había desaparecido. Su deber como oceánido de Kon-Tiki estaba claro, tan claro como la luz bajo la que siempre había ansiado vivir.
Molokai atenazó a Nicholas por el cuello con su mano izquierda, y con la diestra, armada con su hacha de constructor de galerías, de un solo tajo, le cercenó la mano mortífera por el antebrazo.
Y lo soltó. Nicholas Derek se volvió, pálido como un muerto y con los horribles ojos fuera de las órbitas, haciendo extraños visajes. Del rojo muñón astillado de su brazo derecho manaba un grueso chorro de sangre. La mano, blanca e inerte, estaba en el suelo al lado de la pistola de cargador múltiple.
—¡Maldita sea la hora en que entraste en el País Oculto, puerco asesino! —rugió Molokai.
La princesa asió por un hombro a su feroz súbdito para que no siguiera martirizando al infeliz rufián.
Nicholas se miró el muñón y rompió a llorar como un niño desconsolado. Con la mano izquierda quiso taponarse el rojo y caliente surtidor y la sangre le siguió manando por entre los dedos blancos. Hizo un raro gesto de dolor y de miedo, los cabellos dorados se le erizaron, vaciló, y cayó al suelo estirando convulsivamente las piernas y el cuello.
Nadie le concedió el menor caso. Los moradores del subsuelo del mar no miraron el cadáver del monstruo de la superficie ni para execrarlo siquiera.
Hikia y unas cuantas abnegadas muchachas de su séquito se ocuparon de los niños heridos y de sus madres, y Molokai el Joven, enarbolando como una bandera su hacha manchada de sangre, se encaramó en una estalagmita y comenzó a gritar arengando a la multitud.
Los sordos rumores subterráneos continuaban. Y Grindpol Jans, que salió de Oceánida tres días antes, no daba señales de su embajada a los países que vivían bajo la luz del sol y de las estrellas...

CAPÍTULO VIII
EL PALADÍN DEL PUEBLO FABULOSO

Cuando el residente oficial de la isla de Sala y Gómez acabó de

transmitir su mensaje a Valparaíso y la estación receptora acusó el recibo, Grindpol Jans respiró. Ya no tenía tanta importancia el perder unas horas o un día entero en las formalidades de rigor a que tan dados eran sus hermanos de la superficie.
El radiotelegrafista chileno, ahora, miraba al extraño personaje anclado en su isla con suma deferencia y él mismo pareció investirse, convencido de su principalísimo papel en el asunto, de una autoridad y un poder poco comunes en la práctica rutinaria de sus funciones. Era necesario contener, con el único uso de sus derechos, un allanamiento por parte de extranjeros de un territorio nacional confiado a su tutela.
—Quédese aquí —dijo al profesor—. Teóricamente, es usted mí prisionero hasta que reciba órdenes de Santiago.
Los australianos no esperaban hallarse en aquel islote perdido en el océano con todo un cúmulo de leyes internacionales sagazmente esgrimidas. El mayor Adlai Oliver, en persona, hubo de entrevistarse con el humilde representante chileno. El refugiado no le sería devuelto. No era inglés ni reclamado por jueces ingleses, procedía de Chile y recababa asilo del mismo país. Ni el residente de la isla, ni el comandante de la flotilla de submarinos tenían autoridad para disponer de la persona del profesor eslavo, cuyos derechos humanos eran inalienables. Los respectivos gobiernos habrían de decidir, de común acuerdo, y ello no podía ser posible sin una serie de formalidades diplomáticas que de momento era imposible efectuar.
—Sólo puede usted llevarse contra su voluntad a este hombre usando de la fuerza, señor —resumió el residente—. Aquí somos seis hombres y cuatro mujeres y usted manda una flota de guerra. Toda resistencia seria ridícula. Pero los tribunales internacionales calificarían el hecho como un acto de piratería, señor, y las consecuencias legales de la acción no pueden ocultársele a usted. Máxime, cuando las autoridades de mi país tienen ya noticias de la situación actual del profesor Jans.
El mayor Adlai Olivier sonrió forzadamente y hasta mascculló algo ininteligible, aunque sin perder un ápice de su compostura. Con sequedad dio órdenes a sus oficiales y todos los hombres desembarcados se retiraron a las naves sumergibles. La flotilla abandonó las aguas chilenas con rumbo oeste, pero sin alejarse demasiado, y a poco sus antenas de radio comenzaron a emitir en clave rápidos mensajes a la lejana base de Sidney.

* * *

En Valparaíso, el inspector Garín recibió en su despacho de Fuerte Andes al oficial mayor de la Policía Mundial, jurisdicción costera del Pacifico meridional. El informe urgente que tenia en su gran mesa de

cristal negro era un haz de rayos de luz sobre los más importantes expedientes policiales iniciados en aquel lustro del siglo de gracia vigésimo primero.
Otros hombres que el obeso inspector aguardaba no se hicieron esperar. Eran los representantes de los altos organismos públicos afectados por las complejas ramificaciones del sensacional informe recibido de la isla de Sala y Gómez, hacia donde ya volaba una patrulla para rescatar al profesor eslavo Grindpol Jans.
Brigham Aranaz, presidente en Chile de la organización internacional «Átomos pro—hombres», llegó en su helicóptero de propulsión al aparcamiento aéreo del edificio y bajó a saltos los tramos, hasta el piso donde se celebraba la urgente reunión, con las greñas revueltas y la corbata torcida.
—¡No hay tiempo de detener las pruebas experimentales iniciales, señores, ni se puede hacer eso tomando como base estos informes tan poco fidedignos! —gritó, apenas hubo conocido el texto del mensaje de Grindpol Jans.
—Algún medio habrá, señor —insistió Garín.
—Yo no poseo medios ni autoridad para tomar esa decisión. Sólo podría denunciar el hecho; pero fiado únicamente del relato de ese extraño profesor de historia, lo más seguro es que me tomaran por loco.
El oficial mayor de la Policía Mundial hizo, dolido, un comentario:
—He propuesto formar inmediatamente una poderosa patrulla de reconocimiento para explorar los volcanes de la isla de Pascua, mas al parecer no se toma en consideración mi propuesta.
—Ahora —dijo el inspector ratificando el acuerdo de la representación militar—, lo principal es tener al profesor Grindpol Jans aquí. No más de seis horas tardará en estar con nosotros.
—Pero los sumergibles australianos están a treinta minutos de Pascua, señor, y han solicitado de sus bases permiso para actuar con plena autonomía. Pueden llegar antes que nosotros y establecer contacto con ese misterioso pueblo oculto.
—No olvide que Pascua es territorio chileno —respondió el delegado del gobernador—. Además, el primer contacto lo ha tomado de hecho y de derecho, según ese informe, el agente Aníbal Torena de nuestra policía.
—¡Quién sabe en qué circunstancias se halla Torena! —exclamó, desesperado, el oficial mayor. Y añadió casi en un gemido—: ... ¡y con Nicholas Derek allí!
Los reunidos estaban en continua comunicación con las naves enviadas a Sala y Gómez. Hora y media después recibieron el aviso de haber sido tomado a bordo, sano y salvo, el profesor Grindpol Jans, y cincuenta minutos más tarde se supo que la flotilla del mayor Adlai

Olivier, sumergida, había abandonado las aguas de la isla. Simultáneamente, y de los observatorios sismológicos de Juan Fernández, Nueva Zelanda y Tierra de Fuego, llegaron unos boletines especiales anunciando fuertes maremotos con epicentro a cien millas escasas al sudoeste de Pitcairn.

—¿Iniciarán ahora, así, las pruebas nucleares con las aguas del mar? —inquirió de Brigham Aranaz, con cierto sarcasmo, el inspector Garín.

—Es probable que las suspendan —contestó desdeñosamente y con cierta inquietud el sabio—. Recuerden, de todas maneras, señores, que para estas pruebas iniciales no ha sido necesario comunicar alarma alguna ni efectuar traslados humanos. No se trata de explosiones de artefactos de guerra propiamente dichos y, además, la expedición científica trabaja en una isla flotante muy al sur de las Mitchell, a bastantes millares de kilómetros de cualquier zona habitada y al margen de las principales corrientes marinas. Pascua es la tierra que posiblemente sea la más cercana y se halla, por su distancia, a cubierto de todo riesgo de radiactividad. Por ahora sólo ha sido advertida la navegación, aunque las zonas donde tendrán lugar las experiencias sean las menos frecuentadas. Para ulteriores trabajos si se tiene prevista la evacuación en masa de muchas islas, pero sólo por un exceso de prevención, pues en teoría el peligro es nulo. ¡No viven hombres, aunque existan algunos islotes volcánicos o de coral, en cuatro mil kilómetros a la redonda!

—Pueden vivir hombres muy cerca, según esto —observó el director de pesquerías, señalando el largo mensaje que ante si tenia la eminencia gris de Fuerte Andes.

—¿Creen ustedes en eso? ¡Bah, es un cuento fantástico! —dijo, apoyando al presidente de la organización atómica, el ingeniero geólogo convocado a la reunión.

Y desde ese momento cada uno adoptó un criterio particular y diferente. Garín acordó, en vista de ello, aplazar el debate hasta que el autor del informe, que ya se hallaba en camino, se encontrara presente.

* * *

Por entre celajes grises que conforme se apiñaban se tornaban plomizos, el sol ya próximo a su ocaso lanzaba los postreros rayos de aquel día caluroso y húmedo. Los pilotos consultaban inquietos el barómetro. El único tripulante civil de la pequeña formación, un hombre barbudo y demacrado, vestido con ropas de marinero no hechas a su medida y con las gafas rotas y recompuestas con trozos de alambre, miraba anhelante las cercanas costas de Chile.

—Aterrizaje, plataforma U de Fuerte Andes —dijo una voz metálica en el silencio de la cabina transparente del aparato de vanguardia.
Las nubes se espesaban por el sur y el oeste. El océano presentaba tonalidades violáceas y ocres. Líneas de espuma danzaron sobre las ondas, y a tiempo, la ciudad de Valparaíso apareció bajo las alas de los aviones. Uno de ellos, en el que viajaba el extraño pasajero, se despegó de los demás y quedó un momento suspendido en el aire. Se orientó después, cedió altura, y sin perder su horizontalidad descendió lenta y casi verticalmente hasta posarse en la cima de un enorme edificio costero, donde ondeaban al viento varias banderas al lado de una intrincada red de antenas,
Cuatro agentes uniformados aguardaban al singular viajero. Sin concederle tiempo para cambiar su atuendo, le condujeron en la cabina de descenso a la amplia estancia donde el inspector general Garín y las personalidades convocadas esperaban escuchar de sus labios una ratificación a las declaraciones transmitidas por radio hacía pocas horas desde Sala y Gómez.
Sentado a la mesa del inspector, ante un micrófono, el profesor Grindpol Jans hizo, antes apenas de que fuera invitado para ello, un largo y completo relato de sus andanzas en el País Oculto de Rapa—Nui. Habló mucho y de prisa, exaltándose a medida que profundizaba en el tema, y acabó glosando al ejemplar pueblo descendiente del legendario Kon-Tiki y pidiendo para él un socorro que ninguna nación del mundo, y menos Chile, podía dejar de concederle por política y por humanidad.
Cuando el profesor hubo acabado su disertación, un rumor de comentarios se alzó del auditorio. Garín golpeó la mesa de cristal con un lapicero para imponer silencio. Al fin, la voz de Brigham Aranaz se impuso.
—Todo eso es admirable, profesor, y hasta muy sensacional, si se me apura. Pero, ¿cómo nos puede usted garantizar que es real todo lo expuesto?
—¡Bien dicho, señor, que nos pruebe que ese relato no es un cuento de su invención! —gritó uno de los reunidos.
Y muchos le apoyaron, no dando crédito a la fantástica exposición verbal del profesor, conocido precisamente por sus disputas con la prensa y la radio y sus últimas charlas anteriores a la aventura, que ahora perjudicaban su posición de paladín de un pueblo fabuloso.
—¡Vengan conmigo a Pascua, señores! ¡Yo les presentaré al Pueblo Oculto!
—Ha comenzado a llover, amigo mío —murmuró con sorna un personaje larguirucho, con uniforme del cuerpo de estadística.
Grindpol Jans, lívido de furor, se levantó dispuesto a saltar sobre la mesa de cristal negro, para acogotar a los que se le burlaban, sin tener

en cuenta sus categorías ni ascendencias.
—No puedo probar nada en este instante. Ya he contado cómo lo perdí todo: mi avión, mi piloto, mis ropas, toda la documentación...
—¡Vaya embajador! —dijo una voz.
Ahora el profesor saltó, y antes de que le pudieran detener le hundió el puño derecho en la nariz al que había hablado, que era precisamente el ingeniero geólogo.
En el mismo momento, varios periodistas y fotógrafos, que habían husmeado el acontecimiento y permanecían fuera contenidos por les guardias, consiguieron romper la barrera e irrumpir en el salón, como indiscretos observadores. Las diminutas cámaras fotográficas ocultas tras un botón de las chaquetas entraron en funciones y la figura ruda y harapienta del iracundo profesor quedó registrada en las retinas microscópicas.
A partir de tal invasión, la estancia de actos de Fuerte Andes se convirtió en un verdadero campo de batalla. Los agentes luchaban para reducir a los periodistas y reporteros de televisión y al mismo furioso profesor, éste danzaba como un energúmeno, hendiendo a puñadas a sus detractores, y los reunidos todos discutían y tropezaban o bien pugnaban por ponerse a salvo, escogiendo los más inverosímiles rincones.
Llegaron más policías, provistos éstos de porras, y el orden fue restablecido a pesar de que el grupo de informadores se vio reforzado por una docena de ansiosos colegas que acudían tardíos y presurosos a entrevistar a toda costa al embajador de Oceánida.
Aun con todas las medidas y el escaso tiempo transcurrido desde la recepción del mensaje del Pacífico, la noticia de la reaparición del profesor Grindpol Jans se habla extendido por todos los medios públicos de la ciudad chilena. Y Grindpol Jans, en tanto, molido a golpes, cansado, sucio y hambriento, fue recluido por orden del inspector Garín en sus propias habitaciones oficiales al cuidado de médicos, enfermeros y policías. Fuerte Andes no era un hotel ni una prisión, mas para el esforzado paladín de la causa fantasma, aquella noche al menos, fue ambas cosas.
Y la prensa lanzaba nuevas ediciones y los programas de televisión eran cada pocos minutos para ofrecer recientes y sensacionales nuevas en concordancia, al parecer, con la extraña aventura vivida y difundida por el profesor eslavo. Los medios militares mostraron una rara efervescencia de la que pronto se hicieron partícipes a las altas autoridades civiles y al pueblo entero de la nación. Con inexplicable retraso, las comunicaciones con la isla de Pascua fueron reanudadas tras un sensible lapso. El breve informe captado comunicaba que hombres desconocidos pululaban armados por las cumbres de los volcanes extintos Pano Cau, Harui y Otuiti, y que una flotilla de

submarinos extranjeros tomaba posiciones al pairo en derredor de la isla. Después de esto, las comunicaciones quedaron interrumpidas definitivamente con Pascua y de otros lugares se recibieron noticias de haberse producido incontrolados seísmos de intensidad variable en los fondos marinos y en algunas tierras isleñas, por debajo de los veinticinco grados de latitud norte.

Al amanecer Grindpol Jans estaba ya de pie, afeitado y vestido correctamente y conversando con su ayudante Ugo Rimaldi, única persona ajena a Fuerte Andes a quien tan pronto hizo acto de presencia le fue permitido estar junto al profesor. Una hora más tarde acudieron al apartamento el inspector general Garín, el oficial mayor de la Policía Mundial y un capitán piloto de las fuerzas aéreas chilenas. Los acontecimientos de la precedente noche crearon un sentimiento de respeto y admiración en torno al aventurero hombre de ciencias y, así, esta conferencia matinal se desarrolló en un ambiente de seriedad muy distinto al del atardecer anterior.

—Profesor —dijo gravemente el inspector Garín— le supongo enterado de las últimas noticias del Pacífico.

Grindpol Jans estaba sombrío.

—Sí, señor, sé todo lo que ha sido posible saber.

—Una patrulla mixta de exploración está dispuesta para despegar hacia la isla de Pascua si el tiempo lo permite.

—Sé también que las condiciones meteorológicas no son propicias para una exploración, señor, pero estimo que no hay tiempo que perder.

Garín miró al capitán. Éste asintió y seguidamente sacó una libreta de notas y pidió al profesor algunos datos de Pascua y de las entradas secretas al subsuelo.

—Pero, ¿no voy a ir con ustedes? —inquirió, decepcionado, Grindpol Jans.

—Es una misión demasiado peligrosa, profesor —dijo el oficial mayor.

El embajador del Pueblo Oculto se encaró casi con ferocidad, angustiosamente, con el inspector.

—¿Estoy detenido, por ventura?

Garín vaciló.

—En cierto modo... sí, pero no como un delincuente.

—¡Escuche, señor, yo no puedo abandonar a un pueblo que todo lo espera de mí! ¡No me lleven con la patrulla de exploración, pero déjenme libre, yo fletaré un avión particular e iré solo!...

—Han sido prohibidos todos los vuelos no oficiales sobre el Pacifico, al sur de los veinticinco grados de latitud.

—¡Pero yo tengo que volver! ¡Ya he cumplido mi misión aquí! ¡He de ir a ver qué les ha ocurrido a Tik-Taeroo, a Hikia, a Torena... a todos! ¡Oh, Dios mío!

La profunda desesperación del paladín del pueblo fabuloso hizo mella en el ánimo de los presentes. Era sincero el dolor de aquel hombre y real y terrible su congoja al sentirse imposibilitado de correr al país misterioso y fascinante que se le habla metido en el corazón.
Ugo Rimaldi se acordó de los negros ojos de la muchacha que estuvo en Viña del Mar, y permaneció silencioso. Garín y el oficial mayor miraban con simpatía al profesor. El capitán, imperturbable, aguardaba órdenes.
—¿De veras desea jugarse la vida por volver... allí, profesor? —inquirió suavemente Garín.
—¡Oh, sí, señor!
—¿Le será útil este hombre como miembro de la expedición, capitán?
—A mi parecer, sí, señor.
—Profesor, ¿promete usted seguir al pie de la letra todas las órdenes del capitán Navarra?
Los ojos de Grindpol Jans centellearon, esperanzados.
—¡Sí, señor!
—Pues vaya con ellos —dijo el inspector general, tras una mirada de inteligencia del oficial mayor—. Y a la vuelta, preséntese a mí —se sonrió—; aún ha de responder a la justicia de ciertos hechos de los que es autor. Entienda que lo que le doy es sólo una tregua en atención a las circunstancias especiales del momento.
Ugo Rimaldi comenzó a guardar en una gran cartera de piel una gran cantidad de hojas de papel con apuntes taquigráficos.
—¿Qué es eso? —preguntó Garín.
El profesor intervino:
—Son unas declaraciones para las emisoras de televisión. Una reseña breve del País Oculto y el anuncio de una larga serie de reportajes que haré a la vuelta. Si lo desea, Rimaldi lo someterá a su aprobación antes de darlo a la publicidad.
Asintieron el inspector y el ayudante del profesor y la entrevista se dio por terminada. Los cinco hombres salieron, y en un veloz automóvil cerrado llegaron en pocos minutos al aeropuerto militar.
Una fría llovizna y un tenaz viento del cuadrante sursudoeste batían a la ciudad. El rumor del mar embravecido era como una música de fondo improvisada para dar mayor carácter al día plomizo y desapacible. Numerosas aves marinas revoloteaban sobre la tierra aterida, emitiendo desesperados graznidos.
—¿Sigue dispuesto a emprender la marcha, profesor?
—¡Sí!
Rimaldi apoyó una mano en la espalda de Grindpol Jans.
—¿Es enteramente necesario quo se vaya ahora, señor?
El profesor comenzó a ponerse encima de las suyas las ropas de vuelo que le facilitaban unos solícitos soldados.

—Sí, amigo. No deseo hacer otra cosa en este momento. No se preocupe, todo saldrá bien. Y si no... pues ya tiene usted mis instrucciones, amigo mío.
Cuando Grindpol Jans se despidió de Garín y de los jefes de la Policía Mundial del aeropuerto, todavía le dijo el italiano:
—Celebraré mucho verle de nuevo a usted, profesor, y a la princesa que nos visitó en Viña del Mar.
Un golpe de viento que se le llevó el sombrero le impidió a Rimaldi ver la expresión del profesor. Éste se dirigía ya, entre el capitán y otros miembros da la tripulación, a donde una escuadrilla de seis aviones ultrasónicos de exploración y reconocimiento aguardaba la señal de partida.

* * *

Ciento cincuenta minutos de vuelo en condiciones normales eran bastantes para cubrir en línea recta la distancia entre Valparaíso y Pascua; pero, pasado este tiempo, la escuadrilla del capitán Navarra se hallaba aún a quinientos kilómetros de su destino.
El mar parecía lanzar furioso sus olas al cielo, y al recibirlas deshechas en espumarajos tornaba con mayor brío a despedirlas hacia las negras nubes de tempestad.
—¿Mantenemos la misma ruta, capitán? —preguntaron los alarmados pilotos de la escuadrilla.
—¡Sí, adelante!
Grindpol Jans, inmóvil y con los labios apretados, observaba a proa el turbio horizonte anhelando distinguir los promontorios de la isla de Pascua. ¿En qué infernal situación se encontrarían en aquellos momentos los habitantes del País Oculto? ¿Lograría entrar, como benigno conquistador espiritual e introductor de la raza poderosa, en la gruta rosada donde se hallaba el palacio de gemas de la princesa Hikia-Uma? ¿Le sería concedido por los dioses hallarla sana y salva y tan fascinante y maravillosa como la dejó?
—Pascua, a proa —anunció al fin el hombre de la cabina de vigías.
El profesor no pudo ver durante unos minutos sino las olas grises que se lanzaban furiosas al asalto de un lejano peñascal. Los aviones obedecían a los mandos dificultosamente. Vientos contrarios en potentes ráfagas hacían danzar en el aire a los aparatos cual si fueran pajuelas. La lluvia era torrencial. Pascua, a vista de pájaro, presentaba un aspecto desolador. Las instalaciones portuarias no existían. Como ballenas varadas, unas naves sumergibles eran impulsadas por las olas contra los escollos del litoral. Los postes y antenas, los secaderos y laboratorios de ictiología cimentados en las construcciones que a principios de la segunda mitad del siglo XX sirvieron para pruebas de

bombas atómicas de las potencias europeas de entonces, los cultivos y la escasa vegetación silvestre, todo había sido barrido por el vendaval. Algunas edificaciones resistían y hacia ellas se veían correr personas desde todas direcciones. Al abrigo de los viejos mausoleos que bordeaban la costa también se guarecían grupos de indígenas. Dos de los volcanes, el Rano—Raraku y el Otuiti, humeaban.
—¿No son extinguidos todos los volcanes de Pascua? —inquirió roncamente el capitán.
—Sí... al menos hasta hoy —murmuró en un hilo de voz el profesor Grindpol Jans.
Y los aviones iniciaron las maniobras previas para el aterrizaje. No bastó la pericia de los pilotos. Fue un milagro, al sentir del profesor, que los seis aparatos componentes de la escuadrilla tomaran tierra sin percance alguno en la isla tan ferozmente batida por los elementos...

CAPÍTULO IX
S. O. S., OCEÁNIDA

Los batintines electromagnéticos de las galerías occidentales resonaban con estrépito indescriptible en el gigantesco dédalo de aquel mundo agazapado en las entrañas de la tierra. Las aguas del mar, presionando con sus millones de toneladas sobre las quebradizas bóvedas, hervían al conjuro infernal del fuego que brotaba de centenares de cráteres submarinos. El fuego y el agua, en horrendo debate, estremecían la vencida contextura pétrea que servía de asiento a los continentes.
El Mundo Oculto temblaba de pavor y de impotencia ante las furias sueltas de la naturaleza iracunda. Los soberbios hombres de arriba habían ofendido gravemente a las fuerzas imponderables que gobiernan y dirigen el mundo físico, y como villanos cogidos en un vendaval iban a ser ingurgitados en espantosa hecatombe. El Pueblo Oculto, tras una milenaria y azarosa existencia al lado mismo de la muerte, esta vez estaba sin remedio cogido en la vorágine.
Todos los elementos parecían haberse desatado triturando en su justa furia a los pacíficos y tenaces hombres de Oceánida. Sus hermanos de la superficie llegaban a ver, demasiado tarde, el miedo, tras la ceguera que hasta entonces con fascinadores y deslumbrantes hallazgos técnicos sufrieran al correr de no más de un par de siglos. Arriba saltaban como castillos de naipes las apacibles y verdes islas, los maravillosos bosques dé coral, las naves de acero y de luz; y las olas tenían color de tierra y se alzaban hacia las nubes plomizas. Abajo, los basamentos da estalagmitas crujían perdiendo su poder de siglos y las bóvedas se abrían en grietas colosales y se desplomaban bajo

aluviones de aguas negras e hirvientes.
Los vestigios de la vieja cultura del pueblo de Kon-Tiki se precipitaban pulverizados en simas insondables debajo del lecho del mar, junto con las construcciones de titanes del pueblo poderosísimo que gozaba de la luz del sol. En miles y miles de millas cuadradas a ras del Pacífico sur la Providencia parecía avisar al resto de los hombres del mundo el equívoco resultado de aquella soberbia ciencia que pretendía sojuzgar a los elementos del Universo equiparándose, con loco desatino, al poder todopoderoso que desde el principio de los mundos rige a los hombres y a los astros.
El terror había sobrepasado sus propios límites. Los pobladores del País Oculto, como un rebaño de ovejas amenazado por la tempestad en medio de un páramo, se agolpaban fríos y silenciosos, sin ya gemir apenas, en las oquedades oscuras que horas antes eran el camino de la luz. Un camino que no quisieron seguir cuando todavía era tiempo, por escrúpulos atávicos y por desorientación espiritual. El nivel del océano estaba por debajo y por ello las aguas no habían invadido aún aquellos últimos y pobres baluartes. En el fondo de las simas, lo que fue una maravillosa ciudad subterránea llena de paz y de luces verdes y rosadas era ahora un revuelto infierno de olas y rocas, un caos como el que precediera a la formación del mundo en aquel lejano y desconocido instante del alumbramiento del Universo.
Molokai el Joven, convertido por los avatares de su suerte en caudillo de aquel deleznable residuo de un pueblo, con sus voces y su voluntad y el escaso poder de sus músculos, mantenía la última chispa de entereza y de esperanza de aquellos hombres y mujeres que sostenían aún en los brazos a sus pequeños y desgraciados hijos, tiernos retoños de una raza que jamás llegaría a formar nuevas generaciones que enlazara con los años venideros. Porque ya nada vendría, sino la muerte.
En la superficie, además, tronaban los elementos del aire.
A la luz de los relámpagos, por entre las estatuas caídas y los arroyuelos de lava, corría enloquecido un hombre de la superficie. Escaló a grandes saltos, raudo, la temblorosa ladera del Pano—Cau. El cráter conservaba su frío de siglos, pero una espesa nube de polvo y vapor brotaba de sus intersticios cegados por los hundimientos interiores. El hombre impulsado por un misterioso ánimo, con un desprecio totalmente inconsciente hacía el peligro, sorteando las fumarolas y la lluvia, los aludes y la atmósfera enrarecida, coronó la quebrada cúspide del volcán. Allí se detuvo y riendo a carcajadas se sacó del cinto una gran linterna de helio radiado. Conocía la severa orden dada por las autoridades militares de no usar bajo ningún pretexto aparatos de reacción nuclear, pero si el mundo había de saltar saltaría de todas formas. Y la luz en tales momentos le era más

preciosa que cosa alguna. El Pueblo Oculto o lo que de él quedara iba a dejar de serlo, si Grindpol Jans conservaba sus fuerzas y el favor y la ayuda de Dios.
Ya, los roncos e inaudibles gritos del capitán Navarra y de sus hombres le eran indiferentes. Recordaba que a la partida de Valparaíso prometió obediencia, pero ahora su exaltación le hizo desdeñar las prudentes instrucciones del jefe de la expedición. Y es que éste, absorbido ante todo por sus deberes militares, se dedicó con todos sus hombres a colaborar con ciertos marinos australianos desembarcados en el salvamento de cinco de sus naves, que hablan sido lanzadas por el maremoto contra las costas de la isla. Después de esta ineludible y humanitaria labor habrían de proceder los expedicionarios al internamiento de los extranjeros, y el embajador de Oceánida escogió su propia misión lanzándose temerario hacia la meta soñada, hacia la única entrada que conocía del País Oculto.
En la confusa situación reinante, ninguno de los recién llegados ni de los habituales pobladores se fijaron en los extraños atavíos de algunos hombres que se refugiaban junto a los legendarios y ciclópeas monumentos clásicos de la isla. Ni siquiera Grindpol Jans. Sólo se detuvo éste receloso en la estremecida cresta del Pano-Cau al descubrir, entre los bloques pétreos, piezas y trozos de un grande y anticuado avión de transporte a medio montar. Halló también armas y herramientas que reconoció como originarias del País Oculto, pero no pudo encontrar allí a ninguno de sus moradores.
El profesor, inundando de luz blanca el interior del cráter, descendió ligero por el sendero que sabía era el camino al fondo de la sima. Le pareció demasiado largo, mas a medida que se alejaba del centellear de los rayos se tornaba más animado y capaz de sortear todos los obstáculos. Pero a la plataforma donde aterrizó una vez con su avión, no llegaba, a pesar de haber descendido lo suficiente. Un espantoso montón de cascotes le cerró el paso. Por entre ellos vio, completamente destrozados, dos pequeños aviones de reacción y los cuerpos triturados y sangrantes de varios hombres al parecer sorprendidos en su fuga por el alud.
Y el profesor adivinó de repente, clara y terminantemente, la fatal realidad: la entrada al País Oculto habla sido cegada por un colosal desprendimiento de tierra de las paredes interiores del cráter, en el mismo momento que los oceánidos llevaban a cabo una evacuación en toda regla, pero infructuosa, del pueblo condenado.
¿Por qué Tik-Taeroo y la princesa no aguardaron la vuelta o las instrucciones de su embajador?
Mas no había lugar a cábalas ni preguntas. Actuar, y actuar de prisa, podría ser la única solución. Grindpol Jans tornó a subir a la cresta del volcán.

El viento silbaba confundido con el trueno y la lluvia. El estruendo del mar era pavoroso. Las humaradas de las erupciones se cernían sobre el suelo, sin subir al encuentro del caos atmosférico. Y Grindpol Jans vio a muchas gentes trepar por los aledaños del volcán, cual si temerosas de que el mar invadiera la isla buscaran refugio en los parajes de mayor altitud.
Muy adelante venían corriendo monte arriba dos hombres, los cuales al verle emerger del cráter agitaron frenéticos los brazos y prorrumpieron en gritos de dolor y de entusiasmo.
—¡Señor, señor, ha vuelto usted...! ¡Oh, señor!
Eran habitantes del Pueblo Oculto. El profesor los reconoció, aun cuando sus ropas estaban destrozadas y ellos mismos en lamentable estado como los moradores de las aldeas de la costa.
—¿Dónde están la princesa y Tik-Taeroo y... todos los demás? ¿Qué ha ocurrido abajo?
—¡Oh, señor, mátenos, pisotee nuestros cadáveres y écheselos a los tiburones! —exclamó uno de ellos.
Los dos se arrojaron de rodillas ante Grindpol Jans y hundieron su frente en la tierra, a sus pies.
—Somos unos traidores y unos cobardes —dijo el otro oceánido—. La venganza de los dioses ha caído sobre nosotros... ¡Quítenos nuestra perra vida, señor!
—Pero, ¡qué demonios ha sucedido aquí, por Dios vivo! —gritó, ronco, el profesor, asiendo brutalmente del hombro a uno de los súbditos de Hikia-Uma y volviéndolo de cara a las negras nubes.
Entre gemidos de pesar y de miedo, los miserables explicaron al profesor lo ocurrido en el País Oculto a raíz de su salida a la superficie. De los últimos y trágicos acontecimientos del interior no sabían nada, puesto que tras el seísmo y el alud quedaron separados. Ellos pertenecían a las patrullas dispuestas por Nicholas Derek en la cumbre del Pano-Cau para proteger el montaje del gran avión. No sabían nada más, sino que hasta el momento consiguieron salvarse del hundimiento y que junto con una veintena de supervivientes intentaron por todos los medios afrontar el terremoto y la tempestad y establecer algún contacto con los suyos.
—¿No existen más entradas al pueblo de Kon-Tiki, además de la del Pano—Cau? —inquirió el profesor.
—Había otras dos en esta isla de Rapa—Nui, señor, en los volcanes que ahora se hallan vomitando lavas ardientes.
Grindpol Jans, erguido, insensible al terrorífico crepitar de los elementos, alzó al cielo amenazador su mirada suplicante. Y rogó a Dios y a los menos de Oceánida, a la tempestad y a los vientos. Y a voces lanzó al huracán su dolor, su impotencia y su desdicha toda. Y el huracán rugió atizando contra los infelices hombres un torbellino de

humo asfixiante y de espumarajos verdes.
El temporal estaba en su apogeo.
El capitán chileno, en el zaguán del edificio residencial, donde yacían hacinadas todas las familias sin hogar, escogió un rincón entre sus pilotos y se concedió un momento de respiro. Apenas dirigió, enojado, una mirada al sombrío profesor de historia, que lo aguardaba al frente de varios indígenas de mirar huidizo y porte extraño.
—¿Han sido cubiertos los aviones? —preguntó a un aviador.
—No del todo, capitán. Es difícil encontrar más toldos embreados.
—Señor... —se acercó Grindpol Jans,
—Con usted ya hablaré cuando me acomode, si no nos vamos todos al infierno —respondió el capitán.
Insistió el profesor indicándole al jefe militar de la expedición los hombres del Pueblo Oculto y la necesidad de intentar el salvamento de los que pudieran quedar aún vivos en las entrañas del volcán. Apenas causaron sensación sus palabras en los numerosos oyentes. Los rugidos de la tempestad y el rumor subterráneo que a veces sacudía el suelo restaban interés por el desconocido pueblo y por cuando no fuera el momento presente. Lo positivo, lo real, era la desesperada y trágica situación en la superficie.
—¿Cree usted que podemos dedicarnos ahora a remover mil toneladas de piedras en el fondo de un cráter? —dijo, desabrida y burlonamente, el capitán.
—Comprendo que ahora es imposible y después será muy difícil, señor, mas para eso fuimos enviados.
—Cállese. Aquí quien manda soy yo. Y ¡basta, déjese de historias, profesor!
Un hombre delgado y pálido que allí cerca estaba echado silencioso y meditabundo, desnudo y envuelto en una manta, levantó los ojos hacia el grupo formado por el profesor y los pilotos.
—Si me permite una observación, capitán...
—Diga, señor.
Grindpol Jans reconoció en aquel náufrago al mayor Adlai Olivier, el comandante de los flamantes sumergibles que ahora no eran sino cascos de acero encallados que las olas destrozaban a cada uno de sus embates.
—Cuando cese el temporal quizá podamos contar con una tonelada de explosivos. Los tiene a su disposición, capitán, para abrir una brecha que conduzca a ese pueblo maravilloso. Claro, lo ideal sería un «pico atómico», pero no sabemos cuándo se podrá utilizar ni si nos llegaría con tiempo suficiente desde Sidney o San Francisco.
El profesor dirigió a su pesar una mirada de agradecimiento al mayor, y éste sonrió imperceptiblemente. La idea la aceptó el capitán Navarra, pero sin entusiasmo. Le tenía demasiado preocupado el

estado de sus aviones, el destino de la isla y de los hombres y mujeres colocados bajo su custodia y la suerte incierta de aquel mundo suyo que amenazaba estallar bajo la extraordinaria furia de los elementos naturales.
¿Qué desquiciamiento de la tierra y de los cielos se había producido para llegar a una catástrofe de tal magnitud?
El fragor se hizo infernal. Todas las charlas cesaron. Sin ser de noche, una oscuridad intensa hizo más lúgubre y pavoroso el espectáculo alucinante del mar. Olas más altas que la isla se levantaron del océano.
Y cada hombre no fue ya sino un despreciable animalillo asustado. Indígenas, funcionarios blancos, oceánidos, militares, marineros soberbios, aeronautas, todos fueron igualados por el pánico. El peligro común los unió y los separó a todos a la vez.
El miedo fue la única ley, la única razón, el único sentir.
Y la isla vibró como sacudida en su más profunda base por alguna fuerza fantástica...

CAPÍTULO X
EL CATACLISMO

A la incierta luz amarillenta de un centenar de viejas linternas eléctricas de pila, una miserable masa de más da dos mil personas aguardaba resignada la muerte. Aun sin otra causa más inmediata, entre tantas que amenazaban a los últimos descendientes de Kon-Tiki, el agotamiento del aire respirable traería para ellos el tan temido y esperado fin.
Los oceánidos, sin distinción de edad, oraban...
Y más luces se vieron venir de los tenebrosos rincones donde rugían las fantásticas fuerzas ocultas del planeta.
Como una legión de fantasmas, trabajosamente, una veintena de seres humanos avanzaron desde las sombras. Venían exhaustos y cubiertos de lodo y polvo, con las vestiduras desgarradas y los miembros y el rostro tiznados de humo y de sangre. Algunos marchaban inertes en brazos de sus piadosos compañeros. Todos ellos, al unirse al grueso del Pueblo Oculto, prorrumpieron en consoladores gritos de agradecimiento a los hados da Kon-Tiki.
«Más que vienen a morir con nosotros», pensó Molokai. Pero unas raras muestras de júbilo de los primeros que pudieron reconocer a los recién llegados encendieron una chispa de interés en su corazón deprimido.
—¡Hikia-Uma! ¡Hikia-Uma! ¡Hikia-Uma!
Hikia-Uma, ayudada por cuatro mujeres de su séquito, escogió una

prominencia del terreno y allí se quedó erguida y solemne. Todas las linternas enfocaron sus rayos hacia ella. Tenía la expresión cansada, el bello rostro sucio y sudoroso, las ricas ropas rasgadas y los miembros plagados de contusiones; pero los enormes ojos le centelleaban al reflejar las luces y se mostraban llenos de energía y de vida.

—Hemos venido, sea Dios loado por habernos concedido llegar con vosotros aunque sólo sea para morir juntos, con el ánimo de transmitir un aviso esencial. Es la única suerte que nos ha sido dado jugar.

—¡Habla, Hikia-Uma! ¡Habla, princesa!

—Soy la portadora de este mensaje póstumo de los sabios geólogos, cuyo sentido exacto desconozco: «Colóquense todos estrechamente unidos y firmes sobre las grandes plataformas de roca blanca de granito y bajo las bóvedas arcillosas, exclusivamente. Esperen allí lo que haya de suceder, que será antes de seis horas a partir del mediodía. Lo demás acaecerá según la voluntad de los dioses».

Todos los cronómetros que aún funcionaban con regularidad fueron consultados ansiosamente.

—Estamos en la segunda hora de esas seis. Es tiempo, hermanos.

Molokai, con varios ayudantes voluntarios, evitaron una desbandada de la multitud. Por fortuna, amplias zonas de las características expuestas eran precisamente las composiciones geológicas del lugar donde se hallaban. No fueron necesarios grandes ni difíciles movimientos de masas. Todos juntos los familiares y los amigos, ayudados los ancianos y los inválidos y acogidos en los regazos de sus madres o protectoras los niños, escogieron sus sitios y aguardaron una, dos, tres horas inacabables.

Y al final de ellas el mundo subterráneo se estremeció, un fragor horrísono hendió los tímpanos y una lluvia de piedras y cascotes es abatió sobre la multitud agazapada. Nubes de polvo hicieron el aire irrespirable y la luz invisible. Algo monstruoso hacía crujir, estallar, lenta e indefectiblemente, los cimientos milenarios del País Oculto...

* * *

Grindpol Jans y el capitán Navarra, como todos los refugiados en Pascua, obligados por un primario instinto de conservación, se habían echado de bruces al suelo o bien hundieron la cabeza entre los brazos plegados. Aquello no era ya un temporal ni un terremoto, sino el fin del mundo consumido por las furias fantásticas de una Naturaleza convulsa.

El piso ondulaba con violencia, era la isla entera como un navío a la deriva zarandeado por un tifón y el miedo venció en los hombres toda otra cualquiera manifestación de su ánimo.

Grindpol Jans se incorporó, se restregó los ojos con los nudillos y se colocó sus gafas cuidadosamente tras limpiar los cristales con un pico seco de la camisa. El suelo seguía temblando y las nubes de humo y de polvo se espesaban. La lluvia cedía, pero las ráfagas del huracán proseguían violentas.

—¡Capitán, capitán, mire!

En todo lo que abarcaba la vista la tierra se iba elevando sobre el mar a un ritmo muy sensible. Las crestas de las islas alcanzaban alturas insospechadas, y con ellas la superficie entera de Rapa-Nui, que se ensanchaba en todas las direcciones de la rosa de los vientos al surgir de las aguas enormes extensiones que hasta entonces hablan estado sumergidas en el océano.

Los indígenas, sin temor ya a la tempestad, corrieron como locos a la tierra nueva y se postraron entre las caracolas y los corales.

—¡Vea, señor! —gritó un piloto, señalando hacia los volcanes.

El Harui, de seiscientos metros de altura antes y ahora de más de dos mil, entraba en erupción violentísima. Un fragor como el de cien cañonazos hizo enmudecer el mar y a la tormenta. Lenguas de fuego brotaron del cráter hacia el cielo y una inmensa nube de humo ocre se mezcló con el vendaval. El monte se agrietó y, cosa extraña, no surgieron ríos de lava de sus entrañas. Sólo gases y fuego. Otros volcanes menores también comenzaron a despedir llamas y ruidos.

Grindpol Jans, pálido, miró a la cumbre del Pano-Cau esperando verlo así mismo vomitar infiernos por su cráter de un kilómetro de diámetro. Mas no, sólo humeaba levemente, aunque temblaba como algo vivo.

Y de pronto pareció inflarse, vibrar, y una gigantesca grieta se le abrió sin violencia, pero con fuerza inaudita y alucinante, a ambos lados de la cúspide. Y el cono quedó dividido en dos partes iguales, cual si hubiese sido cortado limpiamente por un descomunal e invisible cuchillo manejado por el genio fantástico y todopoderoso de un antiquísimo cuento oriental. Y la isla entera seguía creciendo...

Una idea extraña le cruzó por las mientes a Grindpol Jans, pero atendiendo a la voz de la razón, la rechazó, angustiado. Oía en sus recuerdos aquellas palabras de Tik-Taeroo «...llevamos muchos años experimentando. En un tiempo creímos que hasta nos sería posible en un futuro hacer emerger del fondo del mar un continente como el australiano o al menos un gran archipiélago como el japonés y el malayo juntos...»

¿Sería esto posible? ¿No estaría ofuscándose otra vez el romántico y soñador profesor eslavo?

—¡Venga conmigo, capitán! —gritó de pronto, dejándose llevar de su indomable espíritu irreflexivo y asiendo de un brazo al jefe de la expedición militar.

—¡Espere, señor! —gritaba el capitán.

Pero Grindpol Jans, ciego y sordo a lo que no fuera su obsesión, sin vacilar, se arrojó trepando por las peñas a lo largo de la gigantesca brecha recién abierta a la luz del día y de las estrellas.
Algunos indígenas y pilotos llegaron junto al profesor. Éste se hallaba tendido al borde de una hondonada oblonga, y en ella, sobre dos enormes plataformas de granito blanco, una multitud de seres humanos —hombres, mujeres, ancianos, niños—, alzaban sus brazos y sus ojos al cielo.
—¿Son.., ellos? —murmuró, boquiabierto, el capitán Navarra, señalando con un dedo vacilante a la masa de gentes que reían, se movían pestañeando y desperezándose, lloraban doloridas y no se atrevían a saltar de su refugio milagroso.
—¿La princesa? ¿Tik-Taeroo?... —inquirió roncamente el embajador de Oceánida.
Un hombre suelo, desgreñado, con el rostro y los hombros cubiertos de tierra y de sangre, se abrió paso hacia él. Era Molokai el Joven, y en sus brazos llevaba, exánime, de color de cera y de púrpura, el cuerpo semidesnudo de una mujer.
—Aquí está Hikia-Uma, señor.
Grindpol Jans le cogió a la princesa de Oceánida una mano fría y exangüe y se la llevó a los ardorosos labios.
—¿Vivirá, señor? ¿Vivirá? —le preguntó por enésima vez Grindpol Jans al cirujano chileno que auxiliado por dos oceánidos intervenía a la princesa Hikia-Uma.
—Es prematuro el dictamen en este caso, profesor, pero otros pacientes en peores condiciones se han salvado.
Pero en el corazón del paladín del pueblo fabuloso había renacido la confianza y la fe. Hikia-Uma no podía morir.

* * *

Al amanecer del siguiente día el cielo estaba aún turbio de jirones de nubes y de humo, pero un azul intenso se dejaba entrever en trechos luminosos. Los volcanes activos lanzaban sus fumarolas de gases cada vez más espaciadas y menos intensas. El suelo había dejado de temblar. El viento se convirtió en brisa, y el mar cedía en sus furias dejándose de nuevo navegar por las naves de los hombres.
Las comunicaciones por radio fueron reanudadas con distintos puntos del Pacífico, con Australia, Indonesia y América. La feliz noticia del alumbramiento de un pueblo nuevo fue transmitida a Valparaíso y la promesa del rápido envío de un convoy de aprovisionamiento fue recibida con júbilo por todos los habitantes de Pascua.
—Porque, como afirmé en mi charla a través de la emisora de televisión de Lima —decía el profesor Grindpol Jans un mes después

de los acontecimientos relatados, desde Santiago de Chile y al terminar una de sus sensacionales nuevas conferencias documentadas—, en nuestro mundo y en nuestra época hay todavía cosas tanto o más maravillosas que las que se pueden hallar en cualquier planeta del sistema solar.

Y ya, nadie osó contradecir al insigne profesor eslavo de Historia Universal. Sobre todo, desde que se supo que sería antes de finales de aquel año de 2051 príncipe consorte del nuevo Estado autónomo de Oceánida, federado a Chile y enclavado donde antes estuvo la exótica, lejana y enigmática isla de Pascua o Rapa-Nui.

FIN